

DO

U.A.N.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

CIC

UPASSANT

EL

WANDON

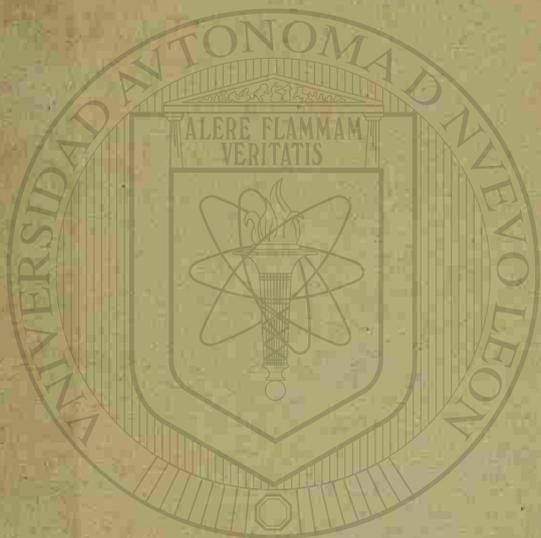
PQ2349

A4

S6



1020026633



UANL

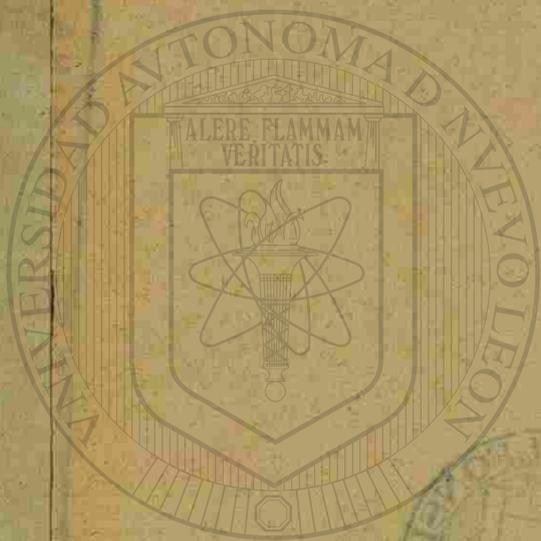
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



EL ABANDONADO

UANL

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Clas. CG  
Núm. Autor M452 ab  
Núm. Adg. 30513  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó 609  
Catalogó \_\_\_\_\_

OBRAS  
DE  
GUY DE MAUPASSANT

	Tomos
<i>El buen mozo.</i> . . . . .	2
<i>La señorita Perla.</i> . . . . .	1
<i>La criada de la granja.</i> . . . . .	1
<i>Berta.</i> . . . . .	1
<i>Bajo el sol de Africa.</i> . . . . .	1
<i>El testamento.</i> . . . . .	1
<i>La loca.</i> . . . . .	1
<i>El abandonado.</i> . . . . .	1
<i>Miss Harriet.</i> . . . . .	1
<i>Inútil belleza.</i> . . . . .	1
<i>El suicidio del cura.</i> . . . . .	1

GUY DE MAUPASSANT

# EL ABANDONADO

Traducción de AUGUSTO RIERA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"PLAZA DE REYES"  
APR 1925 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci  
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES

Maucci Hermanos  
Calle Cuyo, 1070

1905

099762

30513

843  
M.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PQ23-49  
A4  
56

*Esta obra es propiedad de la Casa  
Editorial Maucci, de Barcelona.*

**CAPILLA ALFONSINA**

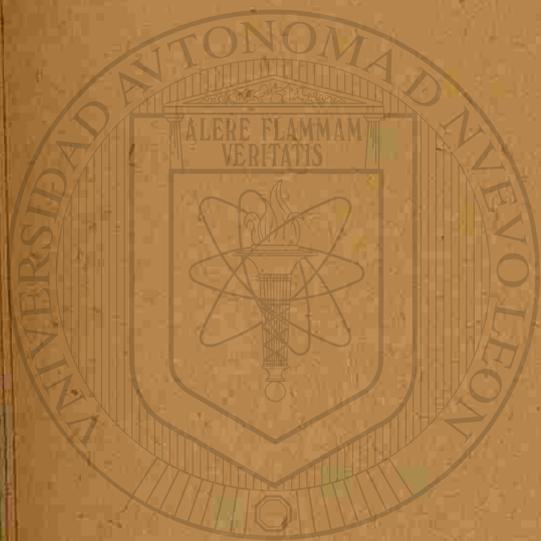
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL ABANDONADO

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



## EL ABANDONADO

---

—En verdad, querida amiga, que creo que no estás en tu juicio paseándote por el campo con un tiempo parecido. Desde hace un par de meses, me llevas, quieras que no, á orillas del mar, cosa que no se te había ocurrido en los cuarenta y cinco años que llevamos de matrimonio. Escoges Fecamp, que es una ciudad nada alegre, y á tanto llega tu manía de locomoción, que quieres pasearte por el campo el día más caluroso del año. Dí á d'Apreval que te acompañe, ya que se presta á todos tus caprichos; yo voy á hacer la siesta.

La señora de Cadour se volvió hacia su antiguo amigo:

—¿Viene usted, d'Apreval?

El aludido se inclinó con una galantería de otras épocas y dijo:

—Iré á donde usted vaya.

—A coger una insolación—declaró el señor de Cadour, que se fué al hotel á echarse un par de horas.

En cuanto estuvieron solos la anciana señora y su antiguo compañero, se pusieron en marcha. Ella le dijo en voz baja, estrechándole la mano: «¡Por fin! ¡por fin!»

El murmuró: «Está usted loca. Le aseguro que está usted loca. Piense en lo que puede ocurrir. Si ese hombre...»

La anciana se estremeció.

—¡Oh, Enrique! no diga usted: *ese hombre* hablando de él.

D'Apreval replicó con brusco acento:

—¡Bueno! Si nuestro hijo sospecha algo, adivina algo, nos tiene en su poder. Ha estado usted cuarenta años sin verle. ¿Por qué quererle ver ahora?

Habían seguido la larga calle que va del mar á la ciudad. Tomaron á la derecha para subir la cuesta de Etretat. La blanca carretera parecía calcinada por el sol.

Andaban lentamente, pues el calor era sofocante.

Ella se apoyaba en el brazo de su amigo y miraba fijamente hacia adelante.

Ella preguntó:

—¿De modo que tampoco le ha visto usted jamás?

—¡Nunca!

—¿Es posible?

—Querida amiga, no renovemos una discusión eterna. Yo tengo esposa é hijos; usted tiene marido; ambos tenemos que guardar las apariencias.

No contestó la anciana. Pensaba en su lejana juventud, en los acontecimientos pasados, tan tristes.

La habían casado como se casa á la mayoría de las jóvenes. No conocía á su novio, un diplomático, con quien vivió después como todas las señoras de sociedad.

Pero un joven, el señor d'Apreval, casado como ella, la amó con pasión profunda; y durante una larga ausencia de su marido, que fué á la India, sucumbió.

¿Hubiera podido resistir? ¿No entregarse? ¿Hubiera tenido la fuerza de no ceder, amándole como le amaba? ¡No! ¡No en verdad! ¡Habría padecido demasiado! ¡Cuán insidiosa es la vida! ¿Pueden evitarse ciertos golpes de la suerte; huir de un destino

fatal? ¿Una mujer sola, abandonada, sin ternura, sin hijos, puede siempre huir de una pasión que se apodera del corazón y de la carne? No; como tampoco se huye de la luz del sol para pasar toda la vida en tinieblas.

¡Cómo recordaba ahora todos los detalles, sus besos, sus sonrisas, el momento que se detenía junto á la puerta para ver cómo subía la escalera! ¡Cuán dichosos aquellos breves días, que fueron los solos dichosos de su vida!

Luego advirtió que estaba en cinta. ¡Qué angustias!

¡Oh! Aquel viaje al Mediodía, aquel largo viaje, sus padecimientos, sus terrores, aquella vida oculta en la quinta solitaria, á la orilla del Mediterráneo, en el fondo de un jardín, del cual no se atrevía á salir!

¡Cómo recordaba aquellos largos días que pasaba tendida bajo un naranjo, fijas las miradas en los rojos frutos, redondos, entre el follaje verde! ¡Con qué gusto hubiese salido hasta la orilla del mar, cuyo hálito llegaba hasta ella por sobre de las paredes del jardín, del que oía el romper de las olas, del que soñaba la amplia superficie azul, esplendorosa bajo el sol, surcada por blancas velas y con una monta-

ña en el horizonte! Pero no podía salvar la puerta. ¡Si alguien la hubiese visto deformada de aquel modo, pregonando con su cintura su vergüenza!

¡Y los días de espera! ¡Los últimos días! ¡Las alarmas, los dolores! ¡Y luego la espantosa noche! ¡Cuánto padeció!

¡Qué noche aquella! ¡Cómo gimió y gritó! Aun veía el rostro pálido de su amante, que le besaba la mano á cada instante, la cara lampiña del médico, la cofia de la enfermera.

¡Y qué emoción se apoderó de todo su ser al oír el débil vagido del niño, aquel primer esfuerzo de una voz de hombre!

¡Y el día siguiente! El único día de su vida en que hubiese visto y besado á su hijo, porque después no le había visto jamás!

Y desde entonces ¡cuán larga y vacía fué su existencia en la que siempre flotaba la imagen de aquel niño! No había vuelto á ver una vez siquiera aquel pequeñuelo salido de sus entrañas, su hijo! Se lo habían arrebatado, ocultado. Sólo sabía que le habían criado unos campesinos normandos, que él mismo fué campesino, que estaba casado, casado y bien dotado por su padre, del que ignoraba el nombre.

¡Cuántas veces había querido marchar para verle, para abrazarle! No se imaginaba que hubiese crecido. Siempre recordaba aquella larva humana que había estrechado en sus brazos, apoyado en su seno dolorido.

Cuántas veces había dicho á su amante: «¡No puedo contenerme más; voy á verle, á abrazarle!»

Siempre la había contenido. No sabría disimular, ser dueña de sí misma. El otro adivinaría, la explotaría. Estaría perdida.

—¿Qué aspecto tiene?—preguntaba.

—No lo sé. Yo tampoco he vuelto á verle.

—¿Es posible? Tener un hijo y no conocerle. Tener miedo de él, rechazarle como una vergüenza. Era horrible.

Caminaban por la larga carretera, abrumados por los rayos del sol, subiendo aún la interminable cuesta.

La señora dijo:

—Parece un castigo; no he tenido después otro hijo. No, no podía resistir al deseo de verle que me asalta desde hace cuarenta años. Los hombres no comprenden esto. Piense usted que la muerte se acerca. ¡Y no le habré visto!... ¡No verle! ¿Acaso es posible? ¿Cómo he podido esperar tanto tiempo? He pensado en él toda mi vida. No sabe usted lo que me ha hecho padecer. No me he despertado una vez, una vez sola ¿oye usted? sin que mi primer pensamiento no fuera para mi hijo. ¿Cómo será? ¡Oh! ¡cuán culpable me siento hacia él! ¿Debe una pensar en el mundo? No. Debiera haber abandonado casa, marido, para educarle y amarle. Hubiese sido más dichosa. No me atreví. He sido cobarde. ¡Cuánto he padecido! ¡Ah! ¡Cómo deben aborrecer á sus madres esos pobres seres abandonados!

Se detuvo bruscamente, ahogada por los sollozos. El valle entero aparecía desierto y mudo bajo la luz cegadora del sol. Unicamente las cigarras lanzaban su nota seca y estridente.

—Descanse usted un poco —dijo d'Apréval.

Se dejó conducir hasta la cuneta y se sentó, ocultando el rostro en las manos. Sus cabellos blancos, que caían en tirabuzones por ambos lados del rostro, se alborotaban, y lloraba presa de un dolor profundo.

EI permanecía inmóvil, mirándola, sin saber qué decirle. Por fin murmuró: «Vamos... valor.»

Se levantó: «Lo tendré», dijo. Y enjugando las lágrimas se puso de nuevo en marcha.

El camino atravesaba, un poco más allá, un grupo de árboles que ocultaba algunas casas. Distinguían ahora el golpear rítmico de un martillo sobre una bigornia.

Pronto vieron, á la derecha, una carreta detenida junto á una casa baja y, bajo un cobertizo, dos hombres que herraban una caballería.

El señor d'Apréval se acercó.

—¿La granja de Pedro Benedict?—gritó.

Uno de los hombres contestó:

—Tomen el camino de la izquierda, junto al ca-

fetín, y luego sigan siempre adelante. Es la tercera después de la de Poret. No pueden equivocarse.

Tomaron hacia la izquierda. La anciana andaba ahora lentamente, con las piernas temblorosas, y el corazón latíendole con tanta violencia que se sentía sofocada.

A cada paso murmuraba como rezando: «¡Dios mío! ¡oh! ¡Dios mío!» Y una emoción terrible le oprimía la garganta y la hacía vacilar, como si fuera á desplomarse.

El señor d'Apréval, nervioso, le dijo bruscamente:

—Si no se domina usted mejor, va á echarlo todo á perder desde el primer momento. Procure serenarse.

Ella balbuceó:

—¿Acaso puedo? ¡Hijo mío! ¡Cuando pienso que voy á ver á mi hijo!

Seguían uno de aquellos caminitos campestres encajonados entre los corrales de las granjas, casi ocultos por una doble hilera de hayas.

De pronto se detuvieron ante una cerca de madera.

—Aquí es—dijo d'Apréval.

Ella se detuvo y miró.

El patio, plantado de manzanos, era grande y en

el fondo se veía la casa, con techo de paja. Enfrente el establo, la granja, el gallinero. Bajo un cobertizo techado de pizarra, había un cochecito, las carretas, los carros de mano. Cuatro terneras comían la verde hierba, bajo los árboles. Gran número de gallinas negras pululaban por todas partes.

Ningún ruido; la puerta de la casa estaba abierta; pero no se veía alma viviente.

Entraron. Un perro negro salió de un barril que estaba junto á un peral, y ladró con furor.

Adosadas á la pared de la casa se veía cuatro columnas.

El señor d'Apréval gritó: «¿No hay nadie aquí?» Salió una niña de unos diez años, con una camisa y unas sayas de lana, con las piernas sucias y al aire, de aspecto tímido y malicioso á la vez. Permaneció de pie en el umbral, como para prohibir la entrada.

—¿Qué quieren ustedes?—dijo.

—¿Tu padre está aquí?

—No.

—¿Dónde está?

—No sé.

—¿Y tu madre?

—Cuida de las vacas.

—¿Volverá pronto?

—No sé.

Entonces, la anciana, como si temiera que la llevasen á la fuerza de allí, exclamó:

—No me iré sin haberle visto.

—Le esperaremos, querida amiga.

Al volverse hacia el patio advirtieron una campesina que venía hacia la casa, con dos cubos de hojalata, que parecían pesados y que de cuando en cuando el sol hacía fulgurar.

Cojeaba de la pierna derecha; y su vestido lavado por las lluvias, desteñido por el sol, enrojecido por los veranos, le daba el aspecto de una pobre criada, miserable y sucia.

—Aquí está mamá—dijo la niña.

Cuando estuvo cerca de la casa, miró á los forasteros de reojo y como con sospecha; y luego entró como si no hubiese notado su presencia.

Parecía vieja, con la cara demacrada, amarillenta, dura: la cara de madera de los labriegos.

El señor d'Apréval la llamó:

—Oiga, señora; hemos entrado para pedirle que nos venda dos vasos de leche.

—No vendo leche—murmuró saliendo, después de dejar los cubos.

—Es que tenemos mucha sed. La señora es anciana y está muy cansada. ¿No hay manera de beber algo?

La mujer les miraba con ojos inquietos y escrutadores.

Por fin se decidió.

—Ya que están ustedes aquí, les voy á servir.

Y desapareció dentro de la casa.

Luego salió la niña trayendo dos sillas que puso bajo un manzano; y apareció luego la madre con dos grandes escudillas de leche espumosa, que ofreció á los forasteros.

Después quedó en pie ante ellos, como para vigilarles y adivinar sus propósitos.

—¿Son ustedes de Fecamp?—preguntó.

El señor d'Apréval dijo:

—Sí, estamos en Fecamp durante el verano.

Y después de un instante de silencio, añadió:

—¿Podría usted vendernos pollos todas las semanas?

La labradora vaciló; luego respondió:

—Ya lo creo. ¿Los desean ustedes muy tiernos?

—Sí, no muy crecidos.

—¿A qué precio los pagan en el mercado?

D'Apréval, que lo ignoraba, se volvió hacia su compañera:

—¿Cuánto cuestan los pollos, amiga mía?

Ella balbuceó con los ojos anegados en lágrimas:

—Cuatro francos ó cuatro cincuenta.

La campesina la miró al soslayo y luego preguntó:

—¿Qué le pasa á esta mujer? ¿Por qué llora?

D'Apréval no sabía qué contestar.

—No... no... pero... ha perdido su reloj en la carretera, un hermoso reloj, y está disgustada. Si alguien lo encuentra, hará usted el favor de avisarnos.

La tía Benedict no contestó, porque aquello le parecía inverosímil.

De pronto dijo:

—Aquí está mi marido.

Sólo ella le había visto entrar, porque estaba de cara á la entrada.

El señor d'Apréval se estremeció y la señora de Cadour por poco cae al volverse bruscamente.

A diez pasos de allí, encorvado, resoplando, tirando de la cuerda de una vaca, había un hombre. Sin cuidarse de los visitantes exclamó:

—¡Maldita sea! ¡Qué testaruda!

Y pasó yendo hacia el establo, donde desapareció.

Las lágrimas de la anciana se habían secado y permanecía, atontada, sin palabra, sin pensamiento. «¡Su hijo! ¡Aquel era su hijo!»

D'Apréval, á quien había turbado la misma idea, articuló con turbación:

—¿Es el señor Benedict?

La campesina, desconfiada, preguntó:

—¿Quién les ha dicho su nombre?

D'Apréval respondió:

—El albéitar de la carretera.

Luego callaron todos, teniendo los ojos fijos en la puerta del establo, que parecía un agujero negro.

No se veía nada dentro, pero se oían ruidos vagos, movimientos, ruido de pasos amortiguados por la paja del suelo.

Salió de nuevo limpiándose el sudor y se dirigió hacia la casa con paso lento y pesado.

Pasó otra vez por delante de los forasteros, fingiendo no verles, y dijo á su mujer:

—Sácame un jarro de sidra; tengo sed.

Entró en su casa. La granjera se fué á la bodega, dejando solos á los parisienses.

Y la señora de Cadour, horrorizada, balbució:

—Vámonos, Enrique, vámonos.

D'Apréval la tomó por el brazo y la sostuvo con toda su fuerza, porque veía que iba á caer. Tiró cinco francos sobre la mesa y salieron.

Apenas hubieron pasado la cerca, cuando la anciana empezó á sollozar:

—¡Ahl ¡ahl ¡He aquí en qué le ha convertido!...

D'Apréval estaba muy pálido. Contestó en tono seco:

—Hice lo que pude. Su granja vale ochenta mil francos. Es un dote que no todos los hijos de burgeses tienen.

Volvieron despacito, sin añadir palabra. Ella continuaba llorando.

Por fin secó sus lágrimas y entraron en Fecamp.

El señor de Cadour les esperaba para comer. Se echó á reir y gritó al verles:

—¡Muy bien! Mi esposa ha pillado una insolación. Me alegro. En verdad que creo que no está en su sano juicio.

Ni uno ni otro replicaron; y cuando el marido preguntó, frotándose las manos:

—¿Han paseado ustedes á gusto, por lo menos?

D'Apreval respondió:

—Sí, ha sido un paseo delicioso.

LA AVENTURA DE WALTER SCHNAFFS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## La aventura de Walter Schnaffs

*A Roberto Pinchon.*

Desde que entrara en Francia con el ejército invasor, Walter Schnaffs se juzgaba el más desdichado de los hombres. Era grueso, andaba con dificultad, padecía mucho, y sobre todo de los pies, que tenía muy planos y muy gordos.

Era un sér pacífico y benévolo, ni magnánimo ni sanguinario, padre de cuatro hijos que adoraba, y marido de una rubia de la que cada noche echaba á menos las caricias, los cuidados y los besos. Gustaba de levantarse tarde y acostarse temprano, comer lentamente buenos guisos, y beber cerveza en las cervecerías. Pensaba además que todo lo bueno de la existencia desaparece con la vida, y sentía un

odio espantoso, instintivo y razonado á un tiempo, contra los cañones, los fusiles, los revólvers y los sables, pero sobre todo contra las bayonetas, pues se sentía incapaz de manejar bastante vivamente aquella arma rápida para defender su gran barriga.

Cuando se acostaba en el suelo por la noche, envuelto en su capote al lado de los camaradas que roncaban, pensaba largo rato en los suyos que había dejado allá abajo y en los peligros sembrados en su camino. «¿Qué sería de los pequeñuelos si le mataban? ¿quién les criaría, quién les alimentaría y educaría? En aquella hora poco dinero debían tener á pesar de las deudas que contrajera para dejarles algo al marchar. Walter Schnaffs lloraba algunas veces.

Al principio de las batallas sentía tal debilidad en las piernas que se hubiera dejado caer á no pensar que sus mismos compañeros le pisarían. El silbido de las balas le ponía los pelos de punta.

Hacia meses que vivía así aterrorizado y angustiado.

Su cuerpo de ejército se adelantaba hacia Normandía. Un día fué enviado de descubierta con un pequeño destacamento encargado de explorar una

parte de aquella comarca y replegarse en seguida. Todo parecía tranquilo en la campiña. Nada indicaba que se hubiera preparado la resistencia.

Mientras los prusianos bajaban con calma un pequeño valle cortado por profundas torrenteras, estalló un violento fuego de fusilería que les hizo detener y mató á una veintena de ellos; y un destacamento de franco-tiradores, saliendo impensadamente de un bosque, acometió á la bayoneta.

Walter Schnaffs permaneció inmóvil de momento, de tal modo sorprendido y desesperado, que no acertaba siquiera á huir. Luego le acometió un deseo loco de escapar; pero pensó en seguida que correría como una tortuga en comparación de los franceses enjutos y ágiles que llegaban saltando como un rebaño de cabras. Entonces, viendo á seis pasos delante de él un ancho foso lleno de zarzas cubiertas de hojas secas, saltó á pies juntos dentro, sin pensar siquiera en la profundidad que podía tener, como se salta desde un puente á un río.

Pasó como una flecha á través de una espesa capa de lianas y zarzas que le desgarraron manos y cara, y cayó pesadamente sentado sobre un montón de piedras.

Levantando la vista vió el cielo por el agujero

que había hecho. Aquel agujero podía denunciarlo y se adelantó con precaución gateando por el fondo de aquella torrentera bajo la techumbre de plantas entrelazadas, yendo lo más aprisa posible y alejándose del lugar del combate. Luego se detuvo y se sentó de nuevo acurrucado como una liebre entre altas hierbas secas.

Durante algún rato oyó detonaciones, gritos y quejas. Después los clamores de la lucha se debilitaron, cesaron. Todo permaneció mudo y callado.

De pronto, algo se movió junto á él. Tuvo un sobresalto espantoso. Era un pajarillo que se había posado en una rama y agitaba las hojas muertas. Durante cerca de una hora el corazón de Walter Schnaffs latió arrebatadamente.

Llegaba la noche llenando de sombra la quebrada. El soldado reflexionó. ¿Qué iba á hacer? ¿qué le iba á ocurrir? Debía reunirse á su ejército, ¿pero de qué manera? ¿por dónde? Y debería volver á empezar su horrible vida de angustias, de sustos, de fatigas y sufrimientos que llevaba desde el principio de la guerra. ¡No, no se sentía con valor para ello! Conocía que se le había acabado la energía que le era precisa para soportar las marchas y afrontar los peligros incesantes.

¿Pero qué hacer? No podía permanecer en aquel barranco y ocultarse en él hasta que acabaran las hostilidades. Ciertamente que no. Si hubiera tenido qué comer, aquella perspectiva no le aterrara, pero le era necesario comer todos los días, y allí no había comida.

Estaba solo, armado, vestido de uniforme en territorio enemigo, lejos de los que podían defenderle.

Se estremecía de pies á cabeza.

De repente pensó: «Si por lo menos me cogieran prisionero.» Y su corazón se estremeció de deseo, de un deseo vehemente, inmoderado, de ser prisionero de los franceses. ¡Prisionero! estaría á salvo, alimentado, alojado, al abrigo de balas y sables, sin temor ninguno en una buena prisión bien custodiada. ¡Prisionero! ¡Qué ensueño!

Tomó inmediatamente una resolución: «Voy á constituirme prisionero.»

Se levantó resuelto á ejecutar tal proyecto inmediatamente. Pero permaneció inmóvil, asaltado de pronto por reflexiones molestas y por nuevos terrores. ¿A dónde iría á presentarse? ¿Cómo? ¿Hacia qué lado? E imágenes espantosas, imágenes de muerte aparecieron en su mente.

Iba á correr peligros terribles, aventurándose sólo con su puntiagudo casco á través de la campiña.

¿Y si encontraba aldeanos? Viendo á un prusiano extraviado, á un prusiano sin defensa, le matarían como á un perro. ¡Le matarían con las horcas, con las hoces, con las palas, con los picos! Le convertirían en picadillo con el encarnizamiento que en tales casos usan los vencidos.

¿Y si encontraba á los franco-tiradores? aquella gente sin ley ni disciplina le fusilarían por diversión, por pasar una hora, para reír viendo la facha que haría. Y se creía ya apoyado contra una pared enfrente de doce cañones de fusil, cuyos agujeritos redondos y negros parecieran mirarle.

¿Y si encontraba el ejército francés? Los hombres de la vanguardia le tomarían por una descubierta, por algún soldado atrevido que había salido de reconocimiento y dispararían contra él. Y le parecía sentir las detonaciones irregulares de los soldados tendidos entre la maleza, mientras él, de pie en el centro de un campo, se desplomaba agujereado como una espumadera por las balas que sentía entrar en su carne.

Se sentó de nuevo desesperado. Su situación le parecía sin salida.

Era de noche, una noche callada y negra. No se movía, estremeciéndose á cada uno de esos ruidos extraños y ligeros que se oyen en el campo. Un conejo, dando un golpe con las patas de atrás en el suelo, dió un susto tremendo á Walter Schnaffs. Los gritos de los mochuelos le desgarraban el alma infundiéndole súbitos miedos, dolorosos como una herida. Dilataba sus grandes ojos para procurar ver en la sombra imaginando á cada instante que alguien andaba junto á él.

Después de interminables horas y angustias sin cuento, advirtió á través de la techumbre de ramaje que amanecía. Entonces sintió un gran alivio. Estiró los miembros que le parecieron menos pesados, se tranquilizó su corazón, se le cerraron los ojos y se durmió.

Al despertar, el sol le pareció haber llegado á la mitad de su carrera; debía ser medio día. Ningún ruido turbaba la paz abrumadora de los campos y Walter Schnaffs notó que tenía un hambre tremenda. Bostezaba haciéndose la boca agua al pensar en el salchichón, en el rico salchichón de los soldados; y el estómago le dolía.

Se levantó, dió algunos pasos, sintió que le flaqueaban las piernas y se volvió á sentar para refle-

xionar. Durante dos ó tres horas aun pesó el pró y el contra, cambiando á cada instante de resolución, indeciso, apenado, solicitado por contrarias resoluciones. Una idea sola le pareció por fin lógica y práctica, la cual consistía en acechar el paso de un aldeano solo, sin armas y sin herramientas peligrosas, correr hacia él y entregarse en sus manos, haciéndole comprender que se rendía.

Se quitó el casco cuya punta podía denunciarle y sacó la cabeza con precauciones infinitas por encima de la torrentera.

Nadie aparecía por allí. A la derecha un pueblecillo enviaba al cielo sus humaredas, ¡el humo de las cocinas! A la izquierda, al extremo de una avenida de árboles, había una gran quinta flanqueada de torrecillas.

Esperó hasta la tarde, sufriendo horriblemente, viendo bandadas de cuervos y oyendo las sordas quejas de sus entrañas.

Anocheció de nuevo. Se tendió en el fondo de su escondrijo y durmió con sueño febril lleno de pesadillas, con el sueño del hombre hambriento.

De nuevo amaneció y se puso en observación otra vez; pero la campiña permanecía desierta como la víspera, y un miedo de nueva especie se apode-

raba de Walter Schnaffs, el miedo de morir de hambre. Se veía ya tendido de espaldas en aquel sitio con los ojos cerrados. Luego, animaluchos de toda especie, bestezuelas de todas clases se acercaban á su cadáver, y empezaban á comerle atacándole por todos los lados á la vez, deslizándose bajo su traje para morder su piel fina. Un gran cuervo le comía los ojos con su pico afilado.

Entonces enloqueció imaginando que iba á desmayarse de debilidad y á no poder andar.

Aprestábase á lanzarse hacia la aldea resuelto á todo, cuando vió á tres aldeanos que se dirigían al campo con las horcas al hombro, y volvió á esconderse.

Pero apenas obscureció salió lentamente del barranco y se puso en camino, encorvado, temeroso, latiéndole el corazón, hacia la quinta lejana, prefiriendo entrar allí antes que en el pueblo, que le parecía temible como una guarida de tigres. Brillaban las ventanas de la puerta baja y una de ellas estaba abierta. Un fuerte olor á carne asada se escapaba por ella, un olor que penetró bruscamente en la nariz y hasta el estómago de Walter Schnaffs que le crispó, le hizo anhelar y le atrajo irresistiblemente, infundiéndole una audacia desesperada.

Y de pronto, sin reflexionar, apareció con el casco puesto en el vano de la ventana.

Ocho criados comían alrededor de una gran mesa. De pronto una de las sirvientas quedó con la boca abierta y dejó caer el vaso mirando despavorida. ¡Todas las miradas siguieron la suya!

¡El enemigo había llegado!

¡Señor, los prusianos atacaban la quinta!

Resonó un grito, un solo grito compuesto de ocho lanzados en diferentes tonos, un grito de horrible espanto, luego un tumulto, unos empujones, una huida desesperada hacia la puerta del fondo. Caían las sillas, los hombres pisoteaban á las mujeres y pasaban por encima. En dos segundos quedó el comedor vacío, abandonado, con la mesa cubierta de manjares enfrente de Walter Schnaffs, estupefacto en pie ante la ventana.

Después de unos instantes de vacilación saltó el alféizar y se adelantó hacia la mesa. El hambre le hacía temblar como un calenturiento; pero todavía el terror le contenía y paralizaba. Escuchó. La casa entera parecía estremecerse; cerrábanse las puertas, pasos rápidos corrían por el piso superior. El prusiano escuchaba con inquietud aquellos confusos rumores. Luego oyó ruidos sordos como si

algunos cuerpos cayeran en la tierra blanda al pie de las paredes, cuerpos humanos que cayeran del primer piso. Luego cesó todo movimiento y agitación y la vasta quinta quedó silenciosa como una tumba.

Walter Schnaffs se sentó delante de un plato que no había sido aún tocado, y empezó á comer. Comía á grandes bocados como si temiera que le interrumpiesen sin dejarle engullir bastante. Con ambas manos echábase las tajadas á la boca, abierta como una trampa, y los alimentos le bajaban al estómago hinchando de paso su garganta. A veces se interrumpía á punto de reventar como un saco demasiado lleno. Entonces tomaba la jarra de la sidra y se limpiaba el esófago como se limpia un conducto obstruido.

Vació todas las fuentes y platos y todas las botellas, y después, borracho de líquido y comida, embrutecido sacudido, por el hipo, turbada la inteligencia y la boca pastosa, se desabrochó el uniforme para resoplar, incapaz de dar un paso. Cerrábanse los ojos, confundíanse las ideas; puso su pesada frente en los brazos cruzados sobre la mesa y perdió suavemente la noción de las cosas y de los hechos.

La luna menguante alumbraba vagamente el horizonte sobre los árboles del parque. Era la hora fría que precede al día.

Algunas sombras se deslizaban sin ruido entre los grupos de árboles y arbustos; y á veces, un reflejo de luna hacía relucir en la sombra una punta de acero.

La quinta tranquila, erguía su gran silueta negra. Únicamente dos ventanas brillaban aún en la planta baja.

De pronto una voz atronadora gritó:

—¡Adelantel! ¡Ira de Dios! ¡al asalto! ¡hijos míos!

Entonces en un instante las puertas, las hojas de las ventanas, los cristales se hundieron bajo una oleada de hombres que se abalanzó rompiendo y destrozándolo todo. En un instante cincuenta soldados armados hasta los dientes llegaron hasta la cocina donde descansaba pacíficamente Walter Schnaffs y apuntándole cincuenta fusiles, le derribaron, le hicieron rodar por el suelo, le aprisionaron y le ataron de pies y manos.

Se estremecía asombrado, harto atontado aún para comprender lo que ocurría, recibiendo golpes é injurias medio loco de miedo.

De pronto un militar grueso cubierto de galones de oro, le puso el pie en el vientre vociferando:

—¡Es usted mi prisionero, ríndasel

El prusiano sólo entendió la palabra «prisionero» y gimió: «ya, ya, ya».

Le levantaron atado á una silla, y sus vencedores, que resoplaban como focas, le examinaron con gran curiosidad. Muchos se sentaron, no pudiendo con su emoción y con su fatiga. El prusiano sonreía beatíficamente, seguro de que al fin era prisionero.

Otro oficial entró y dijo:

—Mi coronel, el enemigo ha huído, parece que se lleva varios heridos. Somos dueños de la quinta.

El militar rechoncho, que se enjugaba la frente, vociferó:

—¡Victorial

Y escribió en una libretita comercial las siguientes líneas:

«Después de una lucha encarnizada, los prusianos han tenido que retirarse llevándose á sus muertos y heridos, que se calculan serán unos cincuenta. Hemos hecho muchos prisioneros.»

El oficialillo preguntó:

—¿Qué medidas he de tomar, mi coronel?

El coronel contestó:

—Vamos á replegarnos para evitar que vuelva el enemigo con artillería y fuerzas superiores—y dió orden de partir.

La columna volvió á formar en la sombra junto á las tapias de la quinta, y se puso en movimiento en derredor de Walter Schnaffs, agarrotado é inmobilizado por seis guerreros revólver en mano.

Se enviaron descubiertas para reconocer el camino; se adelantaba con prudencia, haciendo alto de cuando en cuando.

Al amanecer se llegaba á la subprefectura de la Roche-Oysel, cuya guardia nacional había realizado aquel alto hecho de armas.

La población ansiosa y sobreexcitada esperaba. Cuando advirtieron el casco del prisionero, estalló un clamor formidable. Las mujeres levantaban los brazos, las viejas lloraban, un anciano tiró su cayado al prusiano é hirió en la nariz á uno de sus guardianes.

El coronel vociferaba:

—¡Que nadie toque al prisionero!

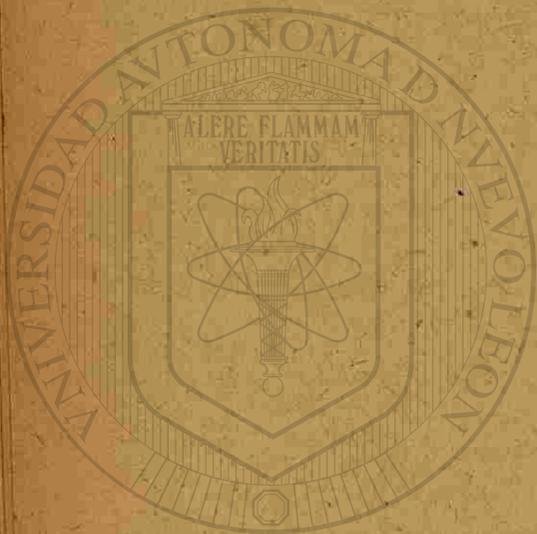
Por fin se llegó á la casa-ayuntamiento. El cala-

bozo fué abierto, y Walter Schnaffs echado dentro sin ligaduras. Doscientos hombres armados guardaban el edificio.

Entonces, á pesar de los síntomas de indigestión que desde hacía unas horas le atormentaban, el prusiano, loco de alegría, empezó á bailar, á bailar desesperadamente, levantando brazos y piernas, lanzando gritos frenéticos hasta el instante en que cayó extenuado en un rincón.

¡Estaba prisionero! ¡Salvado! De tal manera la quinta de Champignet fué vuelta á tomar al enemigo, después de seis horas de ocupación únicamente.

El coronel Ratier, negociante en paños, que cumplió tal hazaña á la cabeza de la guardia nacional de la Roche-Oysel, fué condecorado.



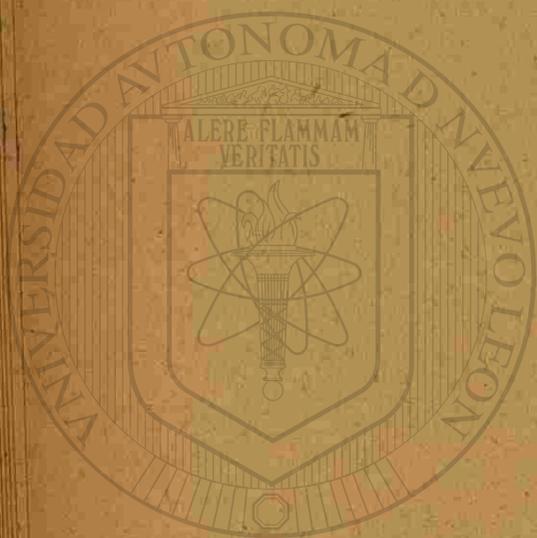
EL BORRICO  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APDO. 6423 MONTERREY, MÉXICO

30513



## EL BORRICO

---

*A Luis Le Poittevin.*

Ni un soplo de aire movía la bruma espesa, dormida sobre el río. Parecía una nube de algodón deslustrado descansando en el agua. Las mismas márgenes quedaban ocultas por aquella niebla. Pero apuntaba el día y la colina empezaba á ser visible. A sus pies, á las nacientes claridades de la aurora, aparecían poco á poco las grandes manchas blancas de las casas enyesadas. Los gallos cantaban en los gallineros.

A lo léjos, al otro lado del río, envuelto en la niebla, en frente de la Frette, un ligero ruido turbaba de cuando en cuando el alto silencio. Tan

pronto se oía leve chapoteo como el que produce el avance prudente de una barca, tan pronto un golpe seco, ó un choque de remo en la orilla, ó la caída de un cuerpo blando en el agua. Después, nada.

Y á veces palabras bajas que venían de un punto ignorado, quizá de muy lejos, quizá de muy cerca, errantes entre la bruma opaca, que sonaban desde tierra ó desde el agua, se deslizaban tímidas, pasaban como esas aves silvestres que duermen entre los juncos y parten á la primera chispa de luz, para huir, para huir siempre y que se ven un segundo hendiendo la niebla lanzando un grito quejumbroso, que despierta á sus hermanas á lo largo de las orillas.

De pronto, junto á una de éstas, cerca del pueblo, aparece una sombra sobre el agua. Apenas indicada al principio, crece, se precisa, y saliendo del velo nebuloso que oculta el río, una almadía tripulada por dos hombres choca contra la hierba.

El que remaba se levanta y coge del centro de la embarcación un cubo lleno de pescado, y se echa al hombro la red que aun está empapada en agua. Su compañero, que no se había movido, exclamó:

—Dame el fusil. Probaremos si es posible despenar algún conejo ¿verdad, Mailloche?

Este contestó:

—Bien. Espérame un momento. Ya vuelvo.

Y se alejó para poner á buen recaudo la pesca.

El que permanecía en la barca cargó lentamente la pipa y la encendió.

Se llamaba Labouisse, por mal nombre Chicot, y estaba asociado á su amigo Maillochón, vulgarmente llamado Mailloche, para ejercer la profesión un tanto penosa y aburrida de merodeadores.

Marineros torpes, sólo navegaban cuando apretaba el hambre. El resto del tiempo merodeaban. Rondando día y noche por el río, acechando toda presa muerta ó viva, Labouisse y Mailloche lo pasaban tan ricamente. A veces acechaban los corzos del bosque de Saint Germain, á veces buscaban los cadáveres de los ahogados que pasan entre dos aguas para aligerar los bolsillos de sus trajes, á veces recogían las botellas que van con el cuello al aire, bamboleándose como un borracho, y ejercían de cazadores nocturnos, de contrabandistas de río.

A veces al mediodía marchaban á pie orilla abajo, sin objeto. Comían en algún mesón y continuaban andando. Estaban ausentes un día ó dos; y luego una mañana se les volvía á ver paseando en el leño asqueroso que les servía de barca.

A lo lejos, en Joinville ó en Nogent, unos marineros desconsolados buscaban su barca que había desaparecido, robada sin duda, mientras á veinte ó á treinta leguas de allí, junto al Oise, un propietario se frotaba las manos de satisfacción, contemplando la canoa que el día anterior comprara de lance, por cincuenta francos, á dos hombres que se la habían ofrecido espontáneamente.

Maillochón reapareció empuñando el fusil, que llevaba envuelto en un pingajo. Era un hombre de cuarenta ó cincuenta años, alto, flaco, con esa mirada viva que tienen las gentes roídas por legítimas inquietudes y los animales acorralados á menudo. La camisa abierta mostraba el pecho cubierto de un vello gris. Pero parecía no haber tenido jamás otra barba que el cepillo de pelo que formaba su bigote y unos pelos bajo el labio inferior. Tenía calvas las sienes.

Cuando se quitaba su casquete grasiento, la piel del cráneo parecía cubierta de una especie de pelusa vaporosa, de una sombra de cabellos, como el cuerpo de un pollo que se va á soflamar.

Chicot, por lo contrario, colorado y granujiento, grueso, bajo, velludo, parecía un becsteack crudo bajo una granadera de zapador. Siempre tenía ce-

rrado el ojo izquierdo como si apuntara á algo ó á alguien, y cuando le daban vaya por ello, contestaba: «Pierde cuidado, hermana, sé abrirlo cuando conviene.» Tenía la costumbre de llamar «hermana» á todo el mundo, hasta á su compañero de rapaña.

Tomó á su vez los remos y la barquilla se hundió de nuevo en la bruma inmóvil, que tomaba un color blanco lechoso bajo el cielo iluminado por rosada claridad.

Labouisse preguntó:

—¿Qué perdigones has tomado?

Maillochón contestó:

—De los pequeños, del nueve, los que sirven para los conejos.

Se acercaban tan lentamente á la otra orilla que ni el más leve ruido les delataba.

Aquella orilla pertenece al bosque de Saint-Germain, y sirve de límite al espacio destinado á los conejos. Está acribillada de gazaperas ocultas bajo las raíces de los árboles; y los animalitos, desde la aurora, saltan y corren por allí, van, vienen, entran y salen.

Maillochón, de pie en la proa, acechaba, con el fusil oculto. De pronto lo empuñó, apuntó, y el

ruido del disparo repercutió largo rato por la campiña.

Labouise, en dos golpes de remo tocó la orilla, saltó en tierra y recogió un conejo gris aun palpitante.

Luego la almadía hendió otra vez la bruma para ganar la otra orilla y ponerse al abrigo de los guardas.

Los dos hombres parecían pasearse pacíficamente por la líquida superficie. El arma había desaparecido bajo la tabla que le servía de escondrijo, y el conejo en la holgada camisa de Chicot.

Al cabo de un cuarto de hora, Labouise preguntó:

—¿Matamos otro, hermana?

Maillochón contestó:

—Bueno; andando.

Y la barca bajó la corriente. La bruma que cubría el río empezaba á levantarse. Se veían, como á través de un velo, los árboles de las orillas, y la niebla desgarrada marchaba río abajo.

Cuando llegaron junto á la isla cuya punta está frente de Herblay, los dos hombres contuvieron la marcha de la almadía y acecharon. Así cobraron otro conejo.

Luego bajaron hasta la mitad del camino de Confans, se detuvieron, amarraron la barquilla á un árbol y se durmieron.

Labouise se incorporaba de cuando en cuando y recorría el horizonte de una ojeada. Los últimos vapores de la mañana se habían disipado, y el sol de verano fulguraba deslumbrador en el centro de la inmensa bóveda.

A lo lejos, al otro lado del río, las colinas plantadas de viñedo formaban un semicírculo. Una sola casa se veía en la cumbre. Reinaba un silencio profundo.

Por el sendero que sirve para los hombres y caballerías que tiran de las barcazas, algo se movía, adelantando despacio. Era una mujer que tiraba del ronzal á un borrico. El animal, lleno de mataduras, con las piernas envaradas, daba un paso cuando ya no podía resistir á los esfuerzos de su conductora, y andaba tan despacio, con las orejas gachas y el cuello estirado, que no podía preverse cuándo se perdería de vista.

La mujer tiraba, encorvada, volviéndose de cuando en cuando para pegar al borrico con una rama.

Labouise, al verla, exclamó:

—¡Eh! ¡Mailloche!

—¿Qué hay?—preguntó su compañero.

—¿Quieres divertirte un rato?

—¡Ya lo creo!

—Pues despabilate; vamos á reirnos.

Y Chicot cogió los remos.

Después de atravesar el río, exclamó al estar frente al grupo:

—¡Eh, hermanal!

La mujer cesó de tirar del burro y se detuvo. Labouise añadió:

—¿Vas á la feria de las locomotoras?

No obtuvo respuesta.

—¡Oye! Me parece que debe haber ganado muchas carreras tu burro. ¿Dónde vas tan velozmente?

La aldeana contestó al fin:

—Voy á llevarlo á Macquart en Champioux, para que lo maten. Ya no sirve para nada.

Labouise contestó:

—Ya se ve. ¿Cuánto te dará Macquart?

La aldeana, que se limpiaba el sudor con la mano, dudó:

—No sé; quizá tres francos, quizá cuatro.

Chicot gritó:

—Te doy cinco francos y te evito de paso una caminata. ¿Te conviene?

La aldeana, después de reflexionar un rato, contestó:

—Bueno.

Los merodeadores abordaron.

Labouise cogió el ronzal del borrico. Maillochón, sorprendido, preguntó:

—¿Para qué quieres esa piel?

Chicot abrió los dos ojos para expresar su alegría. Toda su cara gesticulaba de entusiasmo, y dijo:

—Pierde cuidado, hermana, sé lo que me hago.

Dió un duro á la aldeana, que se sentó para ver en qué paraba aquéllo.

Entonces Labouise fué en busca de la escopeta y dijo, presentándolo á Maillochón:

—Un tiro cada uno, vieja mía; vamos á matar caza mayor, hermana. ¡Eh! De más lejos, hombre; no hay que matar en seguida; es preciso prolongar la diversión.

Y colocó á su compañero á cuarenta pasos de la víctima. El borrico, al sentirse libre, trataba de pacer la hierba de la orilla; pero estaba tan extenuado que vacilaba como si fuera á caer.

Maillochón apuntó lentamente y dijo:

—Una perdigonada á las orejas; atención, Chicot.

Y disparó.

La mostacilla acribilló las largas orejas del animal, que se puso á moverlas una tras otra y las dos á un tiempo luego, para hacer desaparecer aquel picor.

Ambos amigos reían á mandíbula batiente; apretándose los ijares, pateando. La aldeana se lanzó hacia ellos, indignada, ofreciendo devolver los cinco francos; no quería que martirizaran al borrico.

Labouise la amenazó con darle una paliza é hizo ademán de arremangarse. ¿No había pagado? Pues, chitón. Le iba á tirar una perdigonada á las sayas para probarle que no dolía.

Se fué, amenazándoles dar parte á los gendarmes. Durante buen rato la oyeron vomitar injurias, más violentas cuanto más se alejaba.

Maillochón alargó la escopeta á su compañero:

—A ti ahora, Chicot.

Labouise apuntó y disparó. El borrico recibió la carga en las ancas, pero los perdigones eran tan pequeños y tirados desde tan lejos que creyó sin duda que le picaban los tábanos. Movi6 la cola con fuerza y rapidez.

Labouise se sentó para reirse más á gusto mientras Maillochón cargaba el arma, tan alegre que parecía estornudar en el cañón.

Se acercó, y apuntando al mismo sitio que su camarada, disparó de nuevo. El animal tuvo un sobresalto, trató de cocear, volvió la cabeza. Corría ya alguna sangre. Las heridas debían de ser dolorosas, porque huyó á lo largo de la orilla, con galope lento y desigual.

Lanzáronse en su seguimiento; Maillochón á grandes zancadas y Labouise á pasitos cortos, al trote.

Pero el burro, sin fuerzas, se había detenido y miraba con pavor como se acercaban sus asesinos. De pronto alargó la cabeza y se puso á rebuznar.

Labouise, jadeante, había cogido la escopeta y se le acercó, porque no tenía ganas de dar otra carrera.

Cuando el asno hubo acabado su queja lamentable, que era como un grito de socorro, de impotencia, el merodeador exclamó:

—Tráelo, Mailloche, hermana, acércate que voy á hacerle tomar medicina.

Y mientras su compañero abría á la fuerza la boca del animal, Chicot le introdujo hasta la garganta el cañón de la escopeta como si quisiera hacerle tomar una medicina, y luego dijo:

—Atención, hermana, ahí va la purga.

Y apretó el gatillo. El borrico retrocedió tres

pasos, cayó sobre la grupa, trató de levantarse, y por fin cayó de lado cerrando los ojos. Su viejo cuerpo pelado palpitaba; y se agitaban sus piernas como si intentara correr. Un chorro de sangre se escapaba de su boca. Pronto quedó inmóvil. Había muerto.

Los dos hombres no reían; aquello duró poco; considerábanse robados.

Maillochón preguntó:

—¿Y qué hacemos ahora?

Labouise replicó:

—Pierde cuidado, hermana; embarquémoslo y nos iremos en cuanto llegue la noche.

Fueron á buscar la barca y el asno quedó tendido en ella, recubierto con hierbas frescas, y los dos merodeadores, acostándose encima se durmieron.

Al mediodía Labouise sacó de los escondrijos de la vieja barca una botella de vino, pan, manteca y cebolla, y comieron.

Al terminar se tendieron otra vez sobre el asno muerto y vuelta á dormir. Al anochecer Labouise se despertó y sacudiendo á su compañero, que roncaba como un órgano, mandó:

—Ea, en marcha, hermana.

Maillochón remó. Remontaban despacio el Sena,

pues no tenían prisa. Pasaban á lo largo de las orillas cubiertas de lirios de agua floridos, perfumadas por las flores de majucto que inclinaban hacia la corriente sus blancos broches; y la pesada barca, de color de barro, se deslizaba sobre las hojas planas de los nenúfares, de los que encorbaba las flores pálidas, redondas y hendidas como cascabeles, que volvían á erguirse.

Cuando llegaron á la pared del Eperón que separa el bosque de Saint-Germain del parque de Maisons-Laffitte, Labouise explicó su proyecto á su camarada, el cual se echó á reir silenciosamente.

Echaron al agua las hierbas que cubrían el cuerpo del asno, cogieron á éste por los pies, lo desembarcaron y lo ocultaron después entre unos matorrales.

Luego subieron de nuevo á la barca y llegaron á Maisons-Laffitte.

Era de noche cuando llegaron á la taberna del tío Julio. Apenas les vió se acercó á ellos, les estrechó la mano, y, sentándose á su mesa, hablaron de diversas cosas.

A las once, cuando hubo salido el último parroquiano, el tío Julio, guiñando el ojo, dijo á Labouise:

—¿Qué traes?

Labouise movió la cabeza y dijo:

—Traigo y no traigo.

El tabernero insistía:

—¿Traes algunos grises?

Entonces Chicot, hundiendo la mano en la camisa, sacó las orejas de un conejo y declaró:

—Valen tres francos el par.

Empezó entonces un largo regateo, que terminó ajustando la caza en dos sesenta y cinco. Y el tabernero se quedó con los conejos.

Cuando los merodeadores se levantaban, el tío Julio exclamó:

—Ya veo que tenéis algo más, pero que no queréis decirlo.

Labouise replicó:

—Es posible; pero no para ti, eres demasiado miserable.

El tabernero, puesto en ganas, le acosaba.

—Bueno; dime de qué se trata; ya nos entenderemos.

Labouise, que parecía perplejo, pareció consultar á Maillochón con una ojeada, y dijo al cabo con pausa:

—He ahí el asunto. Estábamos en acecho en el

Eperon cuando pasó una pieza junto al primer matarral acabada la cerca. Maillochón dispara y la pieza cae. No sé qué pieza era porque huimos por temor á los guardias; pero en cuanto á grande, cree que lo es. No puedo decirte de que caza se trata, hermana, porque te engañaría.

El tabernero, palpitante, exclamó:

—¿Quizá fuera un corzo?

Labouise respondió:

—Quizá sí; quizá es otra pieza. Sí, quizá es un corzo... Aunque me parece mayor, como una cierva... En fin; no sé, puede ser que sea una cierva...

El tabernero insistía:

—¿No sería un ciervo?

Labouise extendió el brazo:

—No, lo que es un ciervo no; no me engaño, no es un ciervo. Lo hubiera cortocido en los cuernos. No, no es un ciervo.

—¿Por qué no lo cogisteis?

—Porque, hermana, porque vendemos ahora de otro modo. Ya tenemos comprador. ¿Comprendes? Vais á pasear por allí, se ve la pieza y se apodera uno de ella, sin riesgo alguno para nosotros. Eso es.

El tabernero, escamado, dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FACULTAD DE LETRAS  
45000 1025 MONTERREY, MEXICO

—¿Y si ya no estuviese allí?

Labouise extendió de nuevo el brazo:

—En cuanto á estar te prometo que está. En el primer materral á la izquierda. Pero no sé lo que es. Sólo sé que no es un ciervo. A ti te toca saber de qué se trata. Vale veinte francos, si te conviene.

El tendero dudaba aún:

—¿No podrías tráermelo?

Maillochón tomó la palabra:

—Entonces es otra cosa. Si es un corzo cincuenta francos, si una cierva setenta; eso te costará.

El tabernero se decidió:

—Bueno, vaya por veinte francos; trato hecho.

Después de darse un apretón de manos sacó veinte francos del cajón, que desaparecieron en los bolsillos de los dos amigos.

Labouise se levantó, vació el vaso y salió. En el momento de alejarse, se volvió y dijo:

—No es un ciervo, pero algo es. Te devolveré el dinero si no encuentras nada.

Y desapareció entre las tinieblas.

Maillochón, que le seguía, le daba fuertes puñetazos en la espalda para atestiguar su contento.

IDILIO

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y si ya no estuviese allí?

Labouise extendió de nuevo el brazo:

—En cuanto á estar te prometo que está. En el primer materral á la izquierda. Pero no sé lo que es. Sólo sé que no es un ciervo. A ti te toca saber de qué se trata. Vale veinte francos, si te conviene.

El tendero dudaba aún:

—¿No podrías tráermelo?

Maillochón tomó la palabra:

—Entonces es otra cosa. Si es un corzo cincuenta francos, si una cierva setenta; eso te costará.

El tabernero se decidió:

—Bueno, vaya por veinte francos; trato hecho.

Después de darse un apretón de manos sacó veinte francos del cajón, que desaparecieron en los bolsillos de los dos amigos.

Labouise se levantó, vació el vaso y salió. En el momento de alejarse, se volvió y dijo:

—No es un ciervo, pero algo es. Te devolveré el dinero si no encuentras nada.

Y desapareció entre las tinieblas.

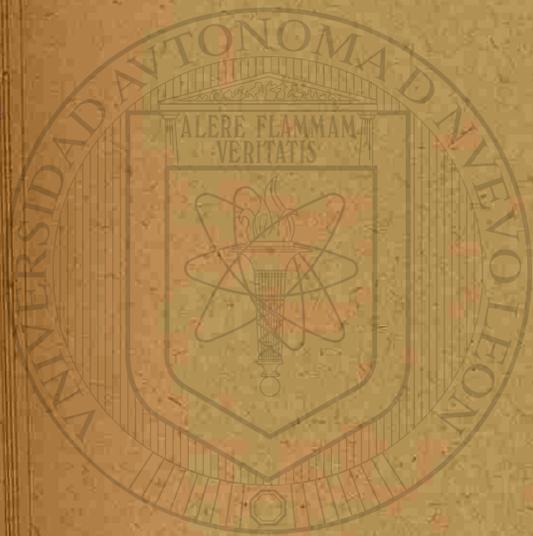
Maillochón, que le seguía, le daba fuertes puñetazos en la espalda para atestiguar su contento.

IDILIO

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## IDILIO

---

*A Mauricio Leloir.*

El tren acababa de salir de Génova, dirigiéndose á Marsella siguiendo las ondulaciones de la costa peñascosa, deslizándose como una serpiente de hierro entre el mar y la montaña, arrastrándose por la arena amarilla que las olas pequeñas franjeaban de plata y entrando de pronto en la negra boca de los túneles como un animal que penetra en su gaza-  
pera.

En el último coche del tren una mujer gorda y un joven estaban frente á frente, sin hablar, mirándose de cuando en cuando. Ella tendría unos veinticinco años. Sentada junto á la ventanilla contemplaba el paisaje. Era una robusta campesina pia-

montesa, de ojos negros, de abultados pechos, de carnosos carrillos. Había dejado varios paquetes bajo la banqueta de madera y tenía una cesta en la falda.

El representaba veinte años y estaba flaco, atezado, tenía aquel color de los campesinos que de continuo trabajan al sol. Cerca de él, en un pañuelo había toda su fortuna: un par de zapatos, una camisa, unos pantalones y una blusa. Bajo el banco había puesto también algo; un pico y una pala atados juntos por medio de una cuerda. Iba á Francia en busca de trabajo.

El sol, escalando el cielo, vertía sobre la tierra una lluvia de fuego. Acababa mayo y deliciosos perfumes penetraban en los vagones que tenían las ventanillas abiertas. Los naranjos y limoneros en flor, exhalando al cielo sosegado sus perfumes azucarados, tan dulces y fuertes y penetrantes, los mezclaban al aliento de las rosas, que crecían por todas partes como hierba, á lo largo de la vía, en los ricos jardines, ante la puerta de las barracas, en los campos.

En aquella costa las rosas están en su casa. Llenan el ambiente con su aroma poderoso y ligero, convierten el aire en una golosina, en algo más sabroso que el vino y tan embriagador.

El tren andaba lentamente como para permanecer más tiempo en aquel jardín. Se detenía á cada punto en las estacioncitas, ante un grupo de blancas casas y luego emprendía de nuevo su marcha lenta después de dar silbidos prolongados. Nadie subía. Dijérase que todo el mundo dormitaba, no pudiendo decidirse á cambiar de sitio aquella mañana cálida de primavera.

La mujer gruesa cerraba de cuando en cuando los ojos y los abría bruscamente cuando la cesta iba á caer al suelo. Entonces la cogía con viveza, miraba hacia afuera algunos minutos y luego se amodorraba de nuevo. Gruesas gotas de sudor brillaban en su frente y respiraba con angustia, como si padeciera una opresión penosa.

El joven había inclinado la cabeza y dormía con el pesado sueño de los campesinos.

De pronto, al salir de una estación, la aldeana pareció despertar y abriendo la cesta sacó un cacho de pan, huevos duros, vino y ciruelas, unas hermosas ciruelas coloradas, y se puso á comer.

El joven se había despertado también y la miraba, miraba cada bocado que iba de la falda á la boca. Permanecía con los brazos cruzados, la mirada fija, las mejillas hundidas y los labios cerrados.

Comía como mujer de buen apetito, bebiendo muy á menudo un trago para hacer pasar los huevos y el pan, y después se detenía para respirar.

Todo desapareció: huevos, pan, ciruelas, vino. Cuando acabó su comida el joven cerró los ojos. Entonces ella, sintiendo malestar, se desabrochó el vestido, y el joven miró de nuevo.

No se alarmó por ello la aldeana. Continuó desabrochando los botones, y como la fuerte presión de los pechos apartaba la ropa, pronto se vió, por la abertura, algo de ropa blanca y un trozo de piel.

La campesina, cuando se sintió aliviada, dijo en italiano:

—Hace un calor que no deja respirar.

El joven contestó en la misma lengua y con igual acento:

—Buen tiempo para viajar.

Ella preguntó:

—¿Es usted piamontés?

—Soy de Asti.

—Yo de Casale.

Eran paisanos. Empezaron á hablar seguido.

Se dijeron esas cosas que repiten sin cesar la gente del pueblo y que bastan á su inteligencia lenta y sin horizontes. Hablaron del país. Tenían amigos y

conocidos comunes. Citaron nombres y les parecía que se hacían amigos á medida que descubrían nuevos conocidos de ambos. Las palabras salían abundantes y rápidas de sus bocas, con sus terminaciones sonoras y su sonsonete italiano. Luego hablaron de sí mismos.

Ella estaba casada; tenía ya tres hijos que dejó en casa de su hermana, pues había encontrado una buena plaza de nodriza, una buena plaza en casa de una señora francesa de Marsella.

El buscaba trabajo. Le habían dicho que lo había en abundancia, pues edificaban mucho.

Luego callaron.

El calor se hacía insoportable. Una nube de polvo seguía al tren, penetraba dentro; y los perfumes de los naranjos y de los rosales se hacían cada vez más intensos, más penetrantes.

Los dos viajeros se durmieron de nuevo.

Abrieron los ojos casi á un tiempo. El sol bajaba hacia el mar, iluminando su extensión azul con claridad intensa. El aire, más fresco, parecía más ligero.

La nodriza jadeaba con el vestido desabrochado, sudorosa, con los ojos empañados. De súbito dijo con acento desfallecido:

*El abandonado—5*

—Desde ayer no he dado el pecho; me siento aturdida como si fuera á desmayarme.

El joven no supo qué contestar. Y ella añadió:

—Cuando se tiene tanta leche hay que dar el pecho tres veces por lo menos cada día ó sino se siente una mala. Siento como un peso que me ahogara; un peso que no me deja respirar y me rompe brazos y piernas. Da lástima tener tanta leche.

—Sí, es lástima; debe molestarle.

Parecía, efectivamente, abrumada y enferma. Murmuró:

—Con sólo apretar un poco ya mana como una fuente. Da gusto verlo. No hay quien lo crea. En Casale todos los vecinos venían á verme.

El joven replicó:

—¿De veras?

—Sí, de veras. Podría hacérselo ver; pero para nada sirve, porque no se saca bastante de tal modo. Callaron.

El tren se detuvo. De pie junto á una barrera, una mujer llevaba en brazos á un niño que lloraba. Ella estaba flaca é iba harapienta.

La nodriza se fijó en ella y dijo en tono compasivo:

—¡Pensar que yo podría consolarle! Y el niño

me aliviaría á mí. Mire, no soy rica, ya que abandono mi casa y mi familia y mi pequeñuelo para ir á criar á la ciudad; pero de buena gana daría cinco francos por tener diez minutos á este niño y darle el pecho. Se calmaría y me calmaría. Me parece que pasaría de muerte á vida.

Calló. Se pasó muchas veces la mano por la frente sudorosa y gimió:

—No puedo aguantar más; me parece que voy á morir. Y con un ademán inconsciente abrió del todo el cuerpo del vestido.

El seno derecho, enorme, hinchado, apareció con su fresa parda. La pobre mujer gemía:

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué voy á hacer?

El tren se había puesto de nuevo en marcha y continuaba su camino entre las flores que exhalaban su aroma penetrante de los días calurosos. A veces se veía una barca pescadora que parecía dormida en el mar azul, con su vela blanca inmóvil, que se reflejaba en el agua como si otra barca invertida estuviese bajo su quilla.

El joven, turbado, balbuceó:

—Quizás... señora... quizás podría... aliviarla...

Ella contestó con angustia:

—¡Oh! sí, sin duda. Se lo agradeceré. No puedo, no puedo más.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. CENTRAL  
"Florencio Reyes"  
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MEXICO

El se puso de rodillas y la nodriza se inclinó, llevando á su boca con un ademán de nodriza, el extremo obscuro de su pecho. Al hacer el movimiento para alargar el pecho al joven, brotó una gota blanca. El la bebió con viveza, cogiendo como una fruta aquella pesada teta entre sus labios. Y empezó á mamar de un modo goloso y rítmico.

Le había pasado ambos brazos entorno de la cintura, que apretaba para acercarse más el pecho y bebía á sorbos lentos moviendo el cuello como los niños.

De pronto dijo la aldeana: «Bueno, éste ya está; tome el otro ahora.»

El joven obedeció dócilmente.

La mujer le había puesto ambas manos en los hombros y respiraba ya con fuerza, con contento, saboreando el aliento de las flores de que estaba impregnado el aire que la marcha del tren hacía penetrar en el vagón.

Dijo:

—¡Qué bien huele!

Nada contestó bebiendo en aquella fuente de carne, cerrando los ojos como para paladear mejor.

Al cabo, la aldeana le apartó suavemente.

—Basta. Ya estoy mejor. ¡Cuánto me ha aprovechado!

El joven se había levantado y se enjugaba los labios con el dorso de la mano.

La nodriza dijo escondiendo en el vestido los dos odres vivos que hinchaban su pecho.

—Me ha prestado usted un gran servicio. Muchas gracias.

Y él contestó en tono reconocido:

—Soy yo quien he de darle las gracias, señora; hacía dos días que no probaba bocado.



EL BRAMANTE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL BRAMANTE

---

*A Harry Alis.*

Por todos los caminos que conducen á Goderville los aldeanos y sus mujeres acudían al pueblo por ser día de mercado. Los hombres andaban á paso largo avanzando todo el cuerpo á cada movimiento de sus piernas déformadas por las rudas labores, por el esfuerzo que se hace al pesar sobre la esteva, que hace subir el hombro derecho y desviar la columna vertebral, por la siega, que hace separar las rodillas para tener buen aplomo, por todas las faenas lentas y penosas del campo. Su blusa azul, almidonada, brillante, como barnizada, adornada en el cuello y puños con un dibujo de hilo blanco, hinchada alrededor de su torso huesudo,

parecía un globo presto á volar, del cual salieran una cabeza, dos brazos y dos piernas.

Unos tiraban de una vaca ó de un novillo. Sus esposas, detrás de la res la azotaban con una rama que aun tenía hojas, para hacerla andar más aprisa. Llevaban al brazo grandes cestas de las que salían cabezas de pollo ó de pato. Andaban con paso más corto y vivo que el de sus maridos, con el talle seco, derecho, envuelto en un pañuelo deslucido apuntado sobre el pecho plano y la cabeza adornada por un trapo blanco pegado al pelo y coronado por una cofia.

A veces pasaba un charabán al trote duro de una jaca, zarandeando de un modo raro á dos hombres que iban dentro y á una mujer que estaba en el otro extremo y se agarraba con fuerza á la barandilla para soportar mejor las sacudidas.

En la plaza de Goderville había una gran muchedumbre de hombres y animales mezclados. Los cuernos de los bueyes, los sombreros altos de los aldeanos ricos y las cofias de las campesinas emergían de la asamblea. Las voces agudas, chillonas ó estentóreas formaban un clamor continuo y salvaje que dominaba de cuando en cuando una carcajada sonora salida del robusto pecho de un labriego alegre, ó el mugido de una vaca atada á una argolla,

Se oía á establo, á estiércol, á leche, á heno, á sudor y formaba aquel tufo agrio horroroso, humano y bestial particular á las gentes del campo.

Maese Hauchecorne, de Breauté, acababa de llegar á Goderville y se dirigía á la plaza cuando vió en el suelo un bramante. Maese Hauchecorne, ahorrador á fuer de normando de vieja cepa, pensó que hay que recogerlo todo, y se inclinó penosamente, pues padecía de reumatismos. Cogió del suelo el trozo de bramante é iba á guardarlo cuidadosamente cuando acertó á ver en el umbral de su puerta á maese Melandrín, el talabartero, que le miraba. Una vez se pelearon por un ronzal y no se habían vuelto á hablar, porque ambos eran rencorosos. Maese Hauchecorne experimentó cierta vergüenza de que su enemigo le hubiera visto recoger un bramante de entre la basura. Ocultó bruscamente su hallazgo bajo la blusa y en el bolsillo del pantalón después, fingió buscar nuevamente algo en el suelo y se alejó hacia el mercado, con el espinazo doblado á causa de sus dolores.

Pronto se perdió entre la multitud bulliciosa, agitada por inacabables regateos. Los aldeanos tocaban las vacas, se alejaban, volvían, perplejos y desconfiados, temiendo un engaño, no decidiéndose

jamás, espiando las miradas del vendedor, tratando de descubrir la astucia del hombre y el defecto de a res.

Las mujeres habían dejado sus grandes cestas en el suelo y sacaron de ellas los volátiles que yacían en tierra, atados por las patas, inquietos los ojos, encarnadas las crestas.

Escuchaban las ofertas, no rebajaban un céntimo del precio pedido, con rostro impasible y expresión seca, ó de pronto accedían á la rebaja propuesta y gritaban al comprador que se alejaba lentamente:

—Bueno, quédese los, tío Antemio.

Luego, poco á poco, la plaza se despobló. Sonó el *Angelus* y los que vivían demasiado lejos se esparcieron por las hosterías.

En casa Jourdain la gran sala estaba llena de gente y el amplio patio de caballerías y carruajes de toda especie: carretas, cabriolés, charabanes, tálburis, carricoches estrafalarios, embarrados, deformes, remendados, levantando al cielo sus brazos ó bien con éstos en el suelo y la trasera al aire.

La inmensa chimenea llena de llamas lanzaba vivo calor á la sala. Tres asadores cargados de pollitos, pichones y piernas de carnero daban vueltas y un olor deleitoso de carne asada, de manteca hir-

viente que se escurría por la piel dorada de las aves, excitaba el apetito y la charla.

Toda la aristocracia del arado comía allí, en casa maese Jourdain, posadero y chalán, un compadre socarrón que tenía mucho dinero.

Pasaban las fuentes y se vaciaban con igual premura que los jarros de sidra amarilla. Cada cual contaba sus negocios, sus compras y sus ventas. Se preguntaban mutuamente por el estado de las cosechas. Hacía buen tiempo para los prados; no tanto para los trigos.

De pronto se oyó un redoble de tambor en el patio, delante de la casa. Todos se pusieron en pie en un santiamén, menos algunos indiferentes, y corrieron á la puerta, á las ventanas, con la boca llena y la servilleta en la mano.

Después del redoble, el pregonero gritó marcando mal las frases:

«—Se hace saber á los habitantes de Goderville y en general á todas las personas que han asistido al mercado, que esta mañana, entre nueve y diez, se ha perdido, en el camino de Benzeville, una cartera de cuero negro conteniendo quinientos francos y varios documentos. Se ruega que se devuelva en seguida á la alcaldía ó á maese Fortunato Houlbre-

que, de Manneville. Se darán veinte francos de recompensa».

Se marchó el pregonero y resonaron más lejos los redobles del tambor y sus gritos.

Entonces hablaron todos de tal acontecimiento, enumerando las probabilidades en pro y en contra que de hallar la cartera tenía maese Houlbrequé.

Terminó la comida.

Al acabar el café apareció en la puerta de la sala el cabo de gendarmes.

Preguntó:

—¿Está aquí maese Hauchecorne, de Breauté?

Maese Hauchecorne, sentado en el extremo opuesto de la sala, exclamó:

—Aquí estoy.

El cabo añadió:

—¿Quiere usted tener la bondad de acompañarme á la alcaldía? El señor alcalde desea hablarle.

El aldeano, sorprendido é inquieto, se tragó de un sorbo la copita de cognac, se levantó, y más encorvado todavía que por la mañana, pues los primeros pasos que daba después de descansar un rato eran muy dolorosos, echó á andar diciendo:

—Allá voy, allá voy.

Y siguió al cabo.

El alcalde le esperaba sentado en una poltrona. Era el notario del pueblo, hombre rechoncho, grave, de hablar campanudo.

—Maese Hauchecorne—dijo—le han visto á usted recoger la cartera que ha perdido maese Houlbrequé de Manneville.

El aldeano, asombrado, miraba al alcalde, asustado de aquella sospecha que pesaba sobre él, sin saber por qué.

—¿Yo, yo he recogido la cartera?

—Sí, usted mismo.

—Palabra de honor que no sé nada de ello.

—Le han visto.

—¿Quién me ha visto? ¿Quién?

—El señor Malandain, él.

Entonces el viejo recordó, comprendió y encolezándose, gritó:

—¡Ah! ¿Ese perdido me ha visto? Lo que me ha visto recoger era este bramante, señor alcalde.

Y rebuscando en el fondo del bolsillo sacó la cuerdecilla.

Pero el alcalde, incrédulo, movía la cabeza.

—No me hará usted creer que el señor Malandain, que es persona digna de crédito, haya tomado un bramante por una cartera.

El campesino, furioso, levantó la mano y escupió por el colmillo, para vindicar su honor, y repitió:

—Sin embargo, es la verdad, la pura verdad, señor alcalde. Por mi alma y mi salvación lo juro.

El alcalde añadió:

—Después de recoger el objeto ha buscado usted aun más entre el barro quizá para ver si había alguna moneda.

El buen hombre estaba indignado y sentía á un tiempo vergüenza y miedo.

—Decir esto... Atreverse á mentir así... para molestar á un hombre honrado... ¡Decir esto!...

Por más que protestó no fué creído.

Fué confrontado con el señor Malandain, que sostuvo su afirmación. Se injuriaron durante una hora. Registraron, á petición suya, á maese Hauchecorne y nada se le encontró.

Por fin el alcalde, muy perplejo, le despidió diciendo que avisaría al juzgado y pediría órdenes.

La noticia había circulado. Al salir de la alcaldía el viejo fué rodeado é interrogado con curiosidad burlona ó seria pero sin chispa de indignación. El contó la historia del bramante. No le creyeron y se reían.

—¡Anda, pillastrón!—le decían.

Todos le detenían, acudían sus conocidos, volvía á su relato y á sus protestas y volvía del revés sus bolsillos para probar que nada tenía.

Se enfadaba, se exasperaba, se agitaba febrilmente, desconsolado al ver que no le creían; no sabía qué hacer y volvía á lo del bramante.

Llegó la noche. Fué preciso marchar. Se puso en camino con tres vecinos suyos, á quienes enseñó el punto preciso en que recogiera el bramante.

Por la noche dió una vuelta por su aldea, á fin de contar el caso. Sólo encontró incrédulos.

Estuvo malo toda la noche.

Al día siguiente, á la una de la tarde, Mario Pammelle, mozo de labranza de maese Bretón, propietario de Imauville, devolvía la cartera y su contenido á maese Houlbrequé de Manneville.

Dijo el labriego que había encontrado la cartera en el camino; pero que como no sabía leer la llevó á casa de su amo.

La noticia se supo pronto. Maese Hauchecorne tuvo conocimiento de ella. En seguida anduvo de puerta en puerta, y empezó á narrar su aventura, acompañada del epílogo. Triunfaba.

—Lo que me dolía—afirmaba—no era lo de la car-

tera, sino el que se pudiera creer que mentía. No hay cosa peor que pasar por embustero.

Todo el santo día hablaba de lo mismo; contaba su caso hasta á los forasteros, á los que bebían en la taberna á la salida de misa. Sentíase tranquilo, y, sin embargo, algo indefinible le molestaba. Parecían dudar y sonreír al escucharle. No parecían convencidos. Parecíale que murmuraban á espaldas suyas.

El martes de la semana siguiente fué á Goderville sólo para contar lo ocurrido.

Malandain, que estaba de pie en la puerta de su tienda, se echó á reír al verle pasar. ¿Por qué?

Detuvo á un colono de Criquetot, que no le dejó acabar, y dándole un golpecito en la barriga exclamó: «¡Anda, bromista!» Y le volvió la espalda.

Maese Hauchecorne quedó asombrado y más y más inquieto. ¿Por qué le llamaban «bromista?»

Cuando estuvo sentado á la mesa de la posada de Jourdain, volvió á explicar el caso.

Un chalán de Montivilliers, gritó:

—¡Anda, viejo mío, ya sé lo que significa tu bramante!

Hauchecorne balbuceó:

—Puesto que han encontrado la cartera...

El otro replicó:

—Ya sé, ya sé; uno encuentra y otro lo devuelve... ¡Y en paz!

El aldeano quedó sofocado. Al fin comprendía. Le acusaban de haber hecho devolver la cartera por un compadre, por un cómplice.

Quiso protestar. Todos rieron.

No pudo acabar la comida y se alejó entre la general chacota.

Volvió á su casa, avergonzado é indignado, colérico, tanto más aterrado de lo que le ocurría cuanto que se sentía muy capaz, á fuer de normando neto, de ejecutar la broma que se le atribuía, bien gratuitamente por cierto. Como sabían lo socarrón que era no creerían en su inocencia. Y se sintió herido en el corazón por la injusticia de la sospecha.

Entonces empezó á contar su aventura, alargando cada día su relato, añadiendo nuevas razones, protestas más enérgicas, juramentos más solemnes, que preparaba en silencio, pues sólo pensaba en el caso del bramante. Cuanto más se esforzaban en explicar el caso, menos le creían.

—Razones de trapalón—decían cuando no podía oírles.

Lo comprendía, criaba mala sangre, se cansaba en vano.

Enflaquecía á ojos vistas.

Los bromistas le hacían contar «el bramante» para divertirse, como se hace contar sus batallas al soldado que ha estado en campaña. Su inteligencia decrecía.

A fines de diciembre guardó cama.

Murió á primeros de enero y en el delirio de la agonía afirmaba su inocencia diciendo:

—Un bramante... un trocito de bramante, señor alcalde.

¡CAMARERO, UN BOCKI!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Enflaquecía á ojos vistas.

Los bromistas le hacían contar «el bramante» para divertirse, como se hace contar sus batallas al soldado que ha estado en campaña. Su inteligencia decrecía.

A fines de diciembre guardó cama.

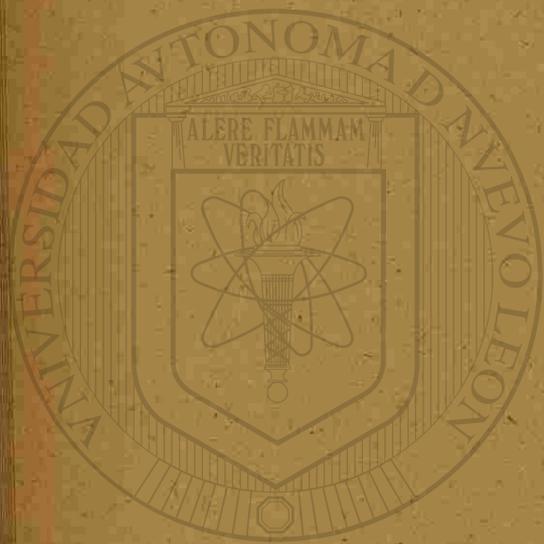
Murió á primeros de enero y en el delirio de la agonía afirmaba su inocencia diciendo:

—Un bramante... un trocito de bramante, señor alcalde.

¡CAMARERO, UN BOCKI!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ¡Camarero, un bock!...

---

*A José María de Heredia.*

¿Por qué entré aquella noche en aquella cervecería? No lo sé. Apretaba el frío. Una llovizna, un polvo de agua velaba los mecheros de gas con bruma transparente, hacía relucir las aceras donde se reflejaban las luces de los escaparates, iluminando el barro y los pies de los transeuntes.

No llevaba objeto fijo. Andaba para hacer la digestión. Pasé por el Credit Lyonnais, por la calle Vivienne y por otras calles. De pronto vi una cervecería casi llena. Entré sin saber por qué. No tenía sed.

De una ojeada busqué un sitio donde no hubiera mucha gente y fui á sentarme junto á un hombre

que me pareció viejo y que fumaba en una pipa de tierra de diez céntimos, negra como un tizón. Seis u ocho platitos de cristal, indicaban el número de vasos de cerveza que ya bebiera. No me fijé mucho en mi vecino. A primera vista había comprendido que era un bebedor empedernido, uno de esos parroquianos de cervecería, que llegan por la mañana al abrir el establecimiento y se marchan al cerrarlo. Iba sucio; estaba calvo de la coronilla y unas greñas sucias y grises le caían hasta el cuello de la levita. Su vestido holgado, parecía hecho años atrás cuando tenía barriga. Se comprendía que el pantalón estaba mal ajustado y que aquel hombre no podría dar diez pasos sin subirse aquella prenda. ¿Llevaba chaleco? Al pensar en sus botas y en su contenido, me horroricé. Los puños, deshilachados, estaban negros como las uñas.

Apenas estuve sentado á su lado, aquel personaje raro me dijo con tranquilo acento:

—¿Sigues bien?

Me volví hacia él y le miré. Añadió:

—¿No me reconoces?

—¡No!

—Des Barrets.

Quedé estupefacto. Era el conde Juan Des Barrets, mi compañero de colegio.

Le estreché la mano, tan estupefacto que no supe qué decirle.

Por fin balbuceé: «¿Y tú, cómo estás?»

Contestó plácidamente: «Como mejor puedo.»

Calló. Quise aparecer amable, busqué una frase: «Y... ¿á qué te dedicas?»

Replicó con resignación: «Ya lo ves.»

Sentí que me ruborizaba. Insistí: «¿Cada día haces eso?»

«Sí, contestó arrojando espesas bocanadas de humo, cada día igual.»

Luego, dando en la mesa de mármol con una moneda de cinco céntimos, exclamó: «Camarero, dos bocks.»

Una voz lejana repitió: «Dos bocks al cuatro.» Y otra, más lejana aun, lanzó un «¡va!» de falso. Luego apareció un hombre con delantal blanco llevando los dos bocks, de los que vertía gotitas amarillas al correr sobre la arena.

Des Barrets vació de un sorbo su vaso y lo dejó sobre la mesa, mientras se relamía la espuma que le quedara en el bigote.

Luego preguntó:

—¿Qué hay de nuevo?

Maldito las novedades que se me ocurría decirle. Balbuceé:

—Ninguna, viejo mío. Yo soy comerciante.

—Y... ¿te divierte eso?—preguntó con su voz sin inflexiones.

—No; pero bien es preciso hacer algo.

—¿Por qué?

—Para estar ocupado.

—Y... ¿á cuenta de qué? Yo no hago nada como ves, nunca nada... Cuando no se tiene un cuarto comprendo que se trabaje; pero cuando se tiene para vivir es inútil. ¿Para qué trabajar? ¿Lo haces para ti ó para los demás? Si lo haces para ti, señal que te gusta, y entonces bien; pero si lo haces para los otros eres un tonto.

Luego, dejando la pipa en el mármol, gritó: «¡Camarero, un bock!» y añadió:

—Hablando me da sed; como que casi nunca hablo. Sí, yo no hago nada; envejezco. Al morir no echaré nada de menos. Sólo recordaré esta cervecería. Ni mujer, ni hijos, ni quebraderos de cabeza, ni pesares, nada. Es lo mejor.

Vació el bock, se relamió y cogió la pipa.

Le miraba con estupor. Le pregunté:

—¿Siempre llevaste esa vida?

—Sí, desde que salí del colegio.

—Pero esto no es vivir, amigo mío. Esto es ho-

rrible. Algo debes hacer, á alguien debes amar, debes tener amigos.

—No. Me levanto á mediodía. Vengo aquí, almuerzo, tomo bocks, espero la noche, como, bebo bocks; y á la una ó á la una y media voy á acostarme porque cierran. Es lo que más me jeringa. Desde hace diez años, lo menos he pasado seis en este banco, en mi rincón, y el resto en mi cama, nunca en otra parte. Algunas veces hablo con los parroquianos.

—Pero, al llegar á París ¿qué hiciste?

—Estudié Derecho... en el café Médicis.

—¿Y luego?

—Después... pasé el río y vine aquí.

—¿Por qué te tomaste tal molestia?

—Porque no puede uno pasarse la vida entera en el barrio Latino. Los estudiantes arman demasiado ruido. Ahora ya no variaré más. ¡Camarero, un bock!

Creí que se burlaba de mí; insistí:

—Ea, sé franco. De fijo que has tenido un gran pesar. ¿Unos amores contrariados? Sí, eres, á no dudarlo, un hombre á quien ha herido la desgracia. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y cinco años y represento diez más.

Le miré con detenimiento. Su cara arrugada, mal cuidada, parecía la de un viejo. En la parte alta del cráneo, algunos cabellos cubrían la piel nada limpia. Tenía cejas enormes, mucho bigote, y una barba espesa. No sé por qué se me apareció de pronto un barreño de agua negruzca, del agua en que se hubiera lavado todo aquel pelo.

Le dije:

—En efecto, pareces más viejo de lo que eres. De fijo que has tenido pesares.

—Te aseguro que no. Soy viejo porque no tomo jamás el aire. No hay cosa que deteriore más á los hombres que la vida de café.

No podía creerle.

—De fijo que la has corrido mucho. No se queda uno calvo de este modo sin amar mucho.

Movió tranquilamente la cabeza, sembrando la levita de la caspa que caía de sus últimos cabellos.

—No, siempre he sido casto ó poco menos.— Y añadió sonriendo:—Si soy calvo lo debo al gas, que es el enemigo del cabello. ¡Camarero, un bock! ¿No tienes sed?

—No, gracias. Pero, dime, ¿de qué proviene tal descorazonamiento? No es normal, no es natural. Algo debe habértelo producido.

—Sí, ya data de mi infancia. Recibí un golpe de niño, y me entristeció para siempre.

—¿Qué fué?

—¿Quieres saberlo? Escucha. ¿Te acuerdas de aquella gran quinta en que me crié? Sí, porque recuerdo que estuviste alguna vez en vacaciones. Debes recordar aquel caserón gris en el centro de un gran parque, y las largas avenidas de robles dirigidas á los cuatro puntos cardinales. Debes recordar también á mis padres, ambos ceremoniosos, solemnes y severos.

Adoraba á mi madre, temía á mi padre y les respetaba á los dos, acostumbrado como estaba á ver que todos se inclinaban ante ellos. En la comarca les llamaban el señor conde y la señora condesa, y nuestros vecinos los Tannemare, los Ravelet, los Brenneville, demostraban gran consideración á mis padres.

Tenia entonces trece años. Era alegre, estaba contento como todos los niños de tal edad.

A fines de septiembre, pocos días antes de volver al colegio, jugando al lobo entre los matorrales del parque, vi de pronto, al atravesar una avenida, á mis padres que se paseaban.

Me acuerdo de ello como si ocurriera ayer. Era

un día de mucho viento. Las filas de árboles se inclinaban bajo el empuje de las ráfagas, gemían, parecían lanzar aquellos gritos sordos, profundos que los bosques lanzan durante las tempestades.

Las hojas, amarillas ya, volaban altas, arrancadas, se arremolinaban, caían y luego corrían á lo largo de la avenida como animales veloces.

Anocheceía. Apenas se veía entre los matorrales. Aquella agitación del viento y de las ramas me excitaba, me hacía correr como un loco y gritar imitando á los lobos.

Apenas vi á mis padres cuando fui hacia ellos á paso furtivo, escondiéndome para sorprenderles, como si hubiese sido un verdadero salteador.

Pero de pronto me detuve despavorido á pocos pasos de ellos. Mi padre, presa de terrible cólera, gritaba:

—Tu madre es una tonta; y, además no se trata de ella sino de ti. Te digo que necesito ese dinero y has de firmar.

Mamá contestó con firme acento:

—No firmaré. Se trata de la fortuna de Juan. La guardo para él y no quiero que la gastes con mujeres y criadas como hiciste con tu herencia.

Entonces papá, estremeciéndose de terror, se vol-

vió, y cogiendo á su esposa por el cuello, la pegó con la otra mano.

Cayó el sombrero de mamá y se le soltó el pelo; trataba de parar los golpes, pero no lo conseguía. Y papá, como un loco, pegaba, pegaba. Cayó al suelo ocultando el rostro entre las manos. Entonces la pegó todavía apartando las manos con que se cubría la cara.

En cuanto á mí, querido, parecíame que el mundo iba á desplomarse, que se subvertían todas las leyes eternas. Experimentaba aquel trastorno que se siente ante las cosas sobrenaturales, las catástrofes monstruosas, los desastres irreparables. Mi cabeza de niño enloquecía. Empecé á gritar con todas mis fuerzas, sin saber por qué, presa de un espanto, de un terror tremendos. Mi padre me oyó, se volvió, me vió y vino hacia mí. Pensé que iba á matarme y huí como una bestia acosada, rectamente, sin mirar atrás. Corrí quizá una hora, quizá dos, no lo sé. Llegó la noche y allí estuve transido de miedo, devorado por una pena capaz de destruir para siempre mi corazón de niño. Tenía frío y hambre quizá. Amaneció. No me atrevía á levantarme, á andar, ni á volver, ni á huir más lejos, temiendo encontrar á mi padre, á quien no quería volver á ver.

Quizá hubiese muerto de hambre al pie de un árbol, á no ser porque el guarda me encontró y me llevó á casa á la fuerza.

Mis padres tenían su expresión acostumbrada. Unicamente mi madre me dijo: «¡Qué miedo me has dado, hijo mío! he pasado la noche sin dormir.» No contesté y me eché á llorar. Mi padre no pronunció una palabra.

Ocho días después volví al colegio.

Cree, querido, que desde aquel instante todo acabó para mí. Había visto la otra cara de las cosas, la mala, y desde entonces no he visto la buena. ¿Qué le ocurrió á mi alma? ¿Qué extraño fenómeno trastocó mis ideas? Lo ignoro. Pero desde entonces nada me gusta ni nada deseo, ni amo á nadie, ni tengo esperanza ni ambición. Siempre se me representa mi pobre madre en el suelo recibiendo los golpes de mi padre. Mi madre murió al cabo de pocos años. Mi padre vive aún. No le he vuelto á ver.

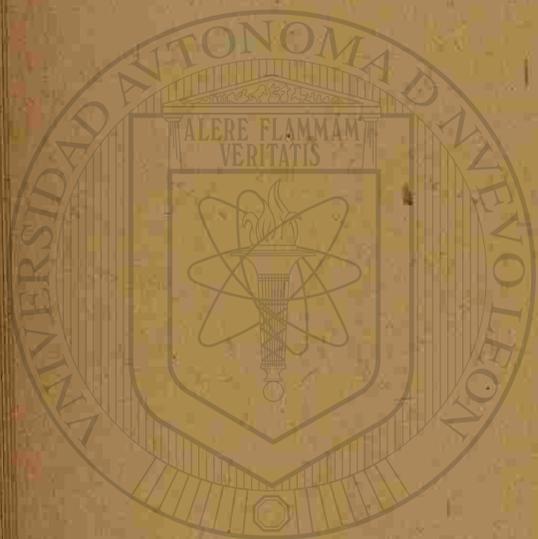
—¡Camarero, un bock!...

Le trajeron un bock, que sorbió de un trago. Pero al coger la pipa, como temblaba, la rompió. Hizo un ademán desesperado y me dijo:

—Toma, esto si que es un verdadero disgusto. Lo menos tardaré un mes en culotar otra.

Y lanzó á través de la sala, llena entonces de humo de bebedores, su grito eterno:

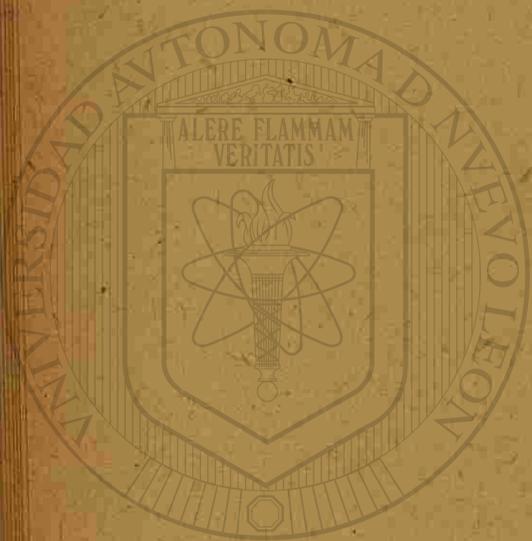
—¡Camarero, un bock y una pipa nueva!



EL BAUTIZO  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL BAUTIZO

---

*A Guillemet.*

Muchos hombres, vestidos con sus trajes de fiesta, esperaban en la puerta de la granja. El sol de Mayo vertía su clara luz sobre los manzanos en flor, redondos como inmensos ramilletes blancos, rosados y bien olientes que formaban una techumbre de flores en el patio. Sembraban de continuo una lluvia de menudos pétalos, que revoloteaban antes de caer entre las altas hierbas donde los amargones brillaban como llamaradas y las amapolas parecían gotas de sangre.

Una marrana de enorme barriga dormitaba junto al estercolero, y en torno suyo corrían gruñendo

una porción de lechones, con la cola arrollada como una cuerda.

De pronto sonó á lo lejos, detrás de los árboles de las granjas, la campana de la iglesia. Su voz de bronce lanzaba al cielo alegre su llamada débil y lejana. Las golondrinas hendían como flechas el espacio azul, al que formaban un marco de verdura las altas hayas inmóviles. A veces una tufarada de establo se mezclaba al aliento suave y azucarado de los manzanos.

Uno de los hombres que estaban en pie junto á la puerta, se volvió hacia la casa gritando:

—¡Ea, aprisa, Melina, que ya tocan!

Quizá tenía treinta años. Era un campesino robusto al que la ruda labor de los campos no había aún deformado ni encorvado. Un anciano, su padre, nudoso como un roble, con las muñecas rugosas y las piernas retorcidas, exclamó:

—Las mujeres no acaban nunca de emperejillarse.

Los otros dos hijos del viejo se echaron á reír y uno, dirigiéndose á su hermano que llamara antes á las mujeres, dijo:

—Ve á buscarlas, Hipólito, sino no salen hasta las doce.

El joven entró en su casa.

Una bandada de patos que estaba cerca de los campesinos, se puso á chillar, batiendo las alas, y luego se dirigió hacia la balsa con paso lento, balanceándose.

Entonces apareció en la puerta una mujerona rechoncha, llevando en brazos á un niño de dos meses. Las bridas blancas de la cofia le colgaban á la espalda sobre un chal rojo, deslumbrador como un incendio, y el chiquillo, envuelto en blancos pañales, descansaba sobre la hinchada barriga de la mujer.

Luego salió á su vez la madre, que era alta y robusta, fresca y sonriente, de dieciocho años apenas, dando el brazo á su marido. Aparecieron luego las dos abuelas, arrugadas como manzanas resacas, abrumadas por las duras faenas que soportaran durante años y años. Una de ellas era viuda. Tomó el brazo del abuelo, que aun estaba en el umbral de la puerta, y se pusieron á la cabeza del cortejo, detrás del niño y de la comadrona. El resto de la familia les siguió. Los jóvenes llevaban cucuruchos de papel llenos de confites.

A lo lejos, la campana tocaba de continuo, llamando con todas sus fuerzas al débil niño que es-

peraba. Los muchachos de las granjas subían al camino, las gentes se asomaban á las vallas, y las muchachas de las granjas quedaban plantadas en firme, entre dos cubos de leche que dejaban en el suelo para mirar con mayor comodidad el paso del bautizo.

La comadrona, muy ufana, llevaba su viviente carga, sorteando los charcos de agua en los caminos hondos, cuyos ribazos estaban arbolados. Los viejos andaban ceremoniosamente y con trabajo, llenos de achaques y alifafes, y los jóvenes sentían ganas de bailar y miraban á las muchachas que acudían á verles pasar. Los padres iban graves, serios, siguiendo á aquel niño que andando el tiempo habría de reemplazarles en la vida, que perpetuaría su nombre en la comarca, el apellido de los Dentú, bien conocido de todos.

Ya se veía la iglesia con su puntiagudo campanario. Una doble abertura le atravesaba al nivel del tejado de pizarra; y algo se movía en aquel espacio claro, con movimiento vivo, yendo y viniendo, pasando y repasando detrás de la estrecha ventana. Era la campana que tocaba todavía, gritando al recién nacido que acudiera por vez primera á la casa de Dios.

Un perro se había unido al cortejo. Le echaban confites y corría y saltaba alegremente.

La puerta de la iglesia estaba abierta. El sacerdote, un mocetón pelirrojo, cenceño y robusto, otro Dentú, tío del niño, hermano del padre, esperaba delante del altar. Bautizó según el rito á su sobrino Próspero César, que se echó á llorar al sentir el gusto de la sal simbólica.

Al terminar la ceremonia, la familia permaneció en el atrio mientras el vicario se quitaba el sobrepepliz. Luego se pusieron de nuevo en marcha rápidamente, porque pensaban en la comida. Todos los arrapiezos del pueblo seguían la comitiva y cada vez que les echaban un puñado de confites se entablaba una lucha furiosa, una de empujones y puñetazos que no había más que pedir; el perro se lanzaba también á la pelea para zamparse cuantos dulces podía y á pesar de que le tiraban de la cola, de las orejas, de las patas, no renunciaba á su parte de botín.

La comadrona, resollando, dijo al vicario que iba á su lado:

—Estoy muy cansada, señor vicario. ¿Quiere usted llevar un momento á su sobrino mientras respiro un poquito? Tengo casi calambres en el vientre.

El sacerdote cogió el niño cuyos pañales formaban una gran mancha clara sobre la sotana negra, y lo besó, sin saber cómo componérselas para llevarlo, ni cómo debía ponerle. Todos se echaron á reír. Una de las abuelas le preguntó desde lejos:

—¿No te da lástima, abate, pensar que nunca tendrás uno así?

El sacerdote no contestó. Andaba á paso largo, mirando fijamente al rorro de ojos azules, y dábanle ganas de besar de nuevo sus redondos carrillos. No pudo contenerse y levantándole á la altura de su cara le besó.

El padre gritó:

—Oye, cura, si quieres uno no tienes más que decirlo.

Y empezaron á bromear como bromean los labriegos.

Apenas estuvieron sentados á la mesa, estalló como una tempestad la bulliciosa alegría campesina. Los otros dos hijos iban á casarse en breve y sus novias habían acudido á la comida; así es que los invitados no cesaban de lanzar alusiones á las generaciones futuras que prometían aquellas bodas.

Las bromas eran de verde subido que hacía ruborizar á las mozas y reventar de risa á los hom-

bres. Daban puñetazos en la mesa; lanzaban gritos. El padre y el abuelo decían horrores. La madre sonreía, y las viejas tomaban parte en la general alegría y también echaban su cuarto á espadas.

El cura, acostumbrado á aquellos banquetes rústicos, permanecía tranquilo junto á la comadrona, tocando con el dedo la boquita de su sobrino, para hacerle reír. Parecía asombrado de ver aquel niño, como si no hubiese visto nunca ninguno. Le miraba con atención, reflexionando, con gravedad soñadora, con una ternura que se había despertado en sus entrañas, una ternura desconocida, singular, viva, un tanto triste, hacia aquel sér pequeñito, débil, frágil, que era hijo de su hermano.

Nada oía, nada veía; contemplaba al niño. Sentía ansia de cogerle otra vez, de acariciarle, pues experimentaba aún, en su pecho y en su corazón, la sensación dulce de haberle llevado hacia unos instantes, al volver de la iglesia. Sentíase conmovido ante aquella larva de hombre como ante un misterio inefable en el que jamás pensara, un misterio augusto y santo, la encarnación de una nueva alma, el gran misterio de una vida que empieza, de la raza que se perpetúa, de la humanidad que sin cesar se mueve.

La comadrona comía con la cara congestionada, encandilados los ojos, molestada por el pequeñuelo que la apartaba de la mesa.

El cura le dijo:

—Démele; no tengo más apetito.

Y cogió de nuevo el niño. Entonces todo desapareció en torno suyo, se borró todo y permanecía con la mirada fija en aquella carita fresca y abotargada, y poco á poco el calor del cuerpecito, filtrando á través de los pañales y de la sotana, llegábale á las piernas, le penetraba como una caricia muy ligera, muy santa, muy casta, una caricia deliciosa que le hacía asomar las lágrimas á los ojos.

El ruido de los comensales degeneraba en estrépito. El pequeñuelo, excitado por aquel ruido, rompió á llorar.

Una voz chilló:

—Dale el pecho, abate.

Y una carcajada conmovió la sala. Pero la madre se levantó, tomó á su hijo y lo llevó á la habitación del lado. Al cabo de pocos minutos dijo, al entrar, que dormía en la cuna.

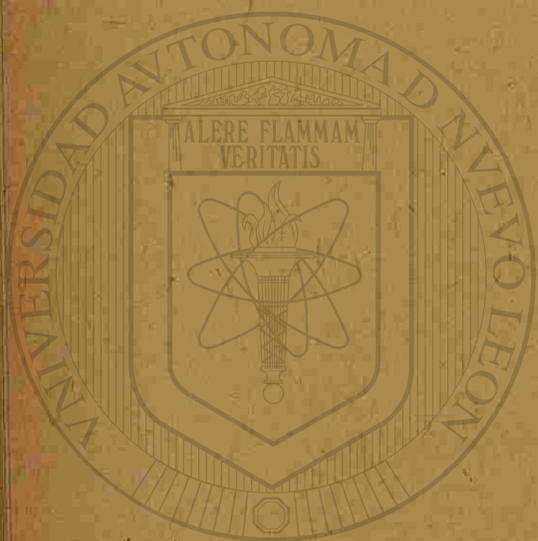
Continuó la comida. Hombres y mujeres salían de cuando en cuando al patio y luego volvían otra vez á la mesa. La carne, las legumbres, la sidra y

el vino desaparecían tragados por las bocas, hinchaban las barrigas, encandilaban los ojos, hacían delirar las mentes.

Anocheceía cuando tomaron café. Desde hacía rato se había eclipsado el cura sin que nadie extrañara su ausencia.

La madre se levantó al cabo para ver si dormía el pequeñuelo. Estaba ya oscuro. Penetró á tientas en la habitación, y avanzaba con los brazos extendidos para no topar con un mueble. De pronto un ruido extraño hizo que se detuviera en seco. Salió despavorida, segura de haber oído que alguien se movía. Entró en el comedor, pálida, temblorosa, y contó lo ocurrido. Los hombres se levantaron en tumulto, ebrios y amenazadores; y el padre, con una lámpara en la mano, salió con ímpetu.

El cura, de rodillas junto á la cuna, sollozaba con la frente en la almohada donde descansaba la frente del niño.

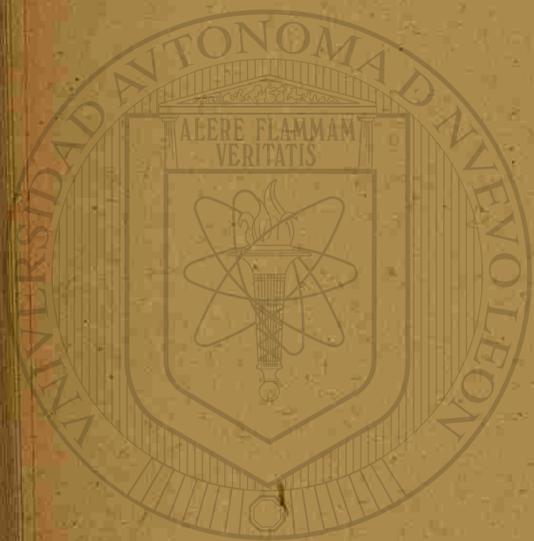


FELICIDAD PERDIDA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL

## Felicidad perdida

*A León Dierx.*

El señor Saval, á quien en Mantes llaman el «tío Saval», acaba de levantarse. Llueve. Es un día triste de otoño; caen las hojas. Caen lentamente, entre la lluvia, como una lluvia más espesa y más lenta. El señor Saval no está alegre. Va de la chimenea á la ventana y de la ventana á la chimenea. La vida tiene días sombríos. ¡Ya no tendrá para él más que días sombríos, pues ha cumplido sesenta y dos años! Es viejo, solterón, nadie le cuida. ¡Cuán triste es morir así, solo, sin una afección cariñosa!

Piensa en su existencia desnuda, vacía. Se acuerda de lo pasado, de su lejana infancia, de su casa, la casa de sus padres. Luego del colegio, de los

*El abandonado—8*

días de salida, de sus estudios universitarios en París. Luego, de la enfermedad de su padre, de su muerte.

Volvió al lado de su madre y vivieron ambos, el joven y la anciana, apaciblemente, sin desear nada más. También murió su madre. ¡Cuán triste es la vida!

Quedó solo. Y ahora pronto morirá á su vez. Desaparecerá, y todo habrá terminado. Ya no vivirá el señor Pablo Saval. ¡Qué horrible! Otras gentes vivirán, amarán, reirán. ¡Sí, se divertirán y él ya no existirá! Raro es que se pueda vivir, reir, divertirse á pesar de esa horrible certidumbre de la muerte. Si fuese sólo probable, podría aún esperar; pero no, es inevitable, tan inevitable como la noche después del día.

¡Si por lo menos su existencia hubiese sido fecunda! ¡Si hubiese hecho algo, si hubiese tenido aventuras, obtenido triunfos, grandes placeres, satisfacciones de toda especie! No, nada. Nada hizo jamás, fuera de levantarse, comer y acostarse á la misma hora. Y así llegó á los sesenta y dos años. Ni siquiera se había casado como los demás hombres. ¿Por qué? Sí, ¿por qué no se había casado? Hubiera podido hacerlo, porque poseía algunos

bienes. ¿Acaso le faltó ocasión? Quizá. Pero esas ocasiones se buscan. La culpa de todo estribaba en su pereza. La pereza fué su gran enemigo, su defecto, su vicio. ¡Cuántos hombres malbaratan su existencia por pereza! Para muchos resulta difícil levantarse, moverse, ocuparse en algo, hablar, estudiar asuntos.

Ni siquiera fué amado. Ninguna mujer había dormido sobre su pecho en un completo abandono de amor. No conocía las angustias deliciosas del que espera, el divino estremecimiento de la mano que se estrecha, el éxtasis de la pasión vencedora.

¡Cuán sobrehumana dicha debe inundar el corazón cuando los labios se encuentran por vez primera, cuando el apretón de cuatro brazos hace un solo sér, un sér soberanamente dichoso, de dos seres enloquecidos uno por otro!

El señor Saval estaba sentado, con los pies junto al fuego, cubierto por una bata.

Sí, su vida resultaba perdida, perdida del todo. Sin embargo, él había amado. Había amado secretamente, dolorosa, perezosamente como de costumbre. Sí, había amado á su antigua amiga la señora de Sandres, la esposa de su viejo camarada Sandres. ¡Ah! ¡Si la hubiese conocido de soltera! Pero

llegó demasiado tarde, cuando ya era casada. A aquélla sí que la pidiera en matrimonio. ¡Cuánto la amó, sin tregua, desde el primer día!

Recordaba su emoción cada vez que la veía, su tristeza al dejarla, las noches sin sueño que pasó pensando en ella.

Por las mañanas se sentía menos enamorado que por las noches. ¿Por qué?

¡Cuán linda era en otro tiempo, cuán graciosa y rubia y sonriente! Sandres no era el hombre que necesitaba. Ahora tenía cincuenta y ocho años. Parecía dichosa. ¡Ah! ¡Si le hubiera amado en otro tiempo! ¡Si le hubiera amado! Y ¿por qué no amarle á él ya que había podido amar á Sandres?

¡Si siquiera hubiese adivinado algo!... ¿Nada adivinó, nada vió, no comprendió nada? En tal caso ¿qué hubiera pensado? ¿Qué le contestara si él hubiese hablado?

Y Saval se hacía mil otras preguntas. Volvía á vivir su existencia tratando de recordar infinidad de detalles.

Recordaba las largas veladas que pasó en casa Sandres jugando al *ecarté*, cuando su esposa era joven y encantadora.

Recordaba las cosas que ella le dijera, las entona-

ciones de su voz, las sonrisas mudas que le dirigía y que tantas cosas significaban.

Recordaba los paseos de los tres á lo largo del Sena, sus almuerzos sobre la hierba, los domingos, porque Sandres estaba empleado en la subprefectura. Y de súbito se le apareció el recuerdo preciso de una tarde pasada con ella en un bosquecillo de la orilla del río.

Habían marchado de mañana, llevando empaquetadas las provisiones. Era un alegre día de primavera, uno de esos días que embriagan. Todo huele bien, todo parece dichoso. Los pájaros lanzan gritos más alegres, aletean con más fuerza. Habían comido sobre el musgo, bajo los sauces, junto al agua, dormida al calor del sol. El aire era templado, henchido de los olores de las savias y se aspiraba con deleite. ¡Cuán hermoso día!

Después de comer Sandres se había dormido á la bartola. «He echado el mejor sueño de mi vida,» decía al despertar.

La señora Sandres había tomado el brazo de Saval y ambos habíanse alejado por la orilla del río.

La joven se apoyaba en él. Reía y decía:

—Estoy achispada, amigo mío, achispada del todo.—El la miraba estremecido hasta lo más pro-

fundo de su sér, sintiendo que palidecía, temiendo que sus ojos fueran demasiado atrevidos y que el temblor de su mano revelara su secreto.

La joven se había tejido una corona con largas hierbas y lirios de agua y le preguntó:

—¿Le gusto á usted así?

Y como él no contestaba, pues no sabía qué decir y antes hubiese caído de rodillas, ella se echó á reír como á regañadientes y le dijo:

—¡Anda, tonto! ¡Por lo menos se habla!

Poco le faltó para que se echase á llorar, pues no se le ocurría una palabra.

Ahora se le representaba aquella escena con tanta precisión como cuando ocurrió. ¿Por qué le habría dicho aquello: ¡Anda tonto! Siquiera se habla?

Recordó cuán tiernamente se apoyaba en él. Al pasar bajo una rama baja, había sentido el contacto de su oreja y se había apartado bruscamente, temiendo que ella creyera que aquel contacto fué intencionado.

Cuando le dijo: «¿No le parece que ya podemos volver?» lanzóle ella una ojeada singular. Si, le había mirado de una manera extraña. Entonces no se fijó en ello, y ahora lo recordaba.

—Como usted quiera, amigo mío; si está usted cansado, volvámonos.

Contestó:

—No es que esté cansado; pero Sandres quizá se ha despertado ya.

Y ella contestó encogiéndose de hombros:

—Si teme usted que mi marido se haya despertado, volvámonos.

Al volver estaba callada y no se apoyaba en su brazo. ¿Por qué?

Aquel «por qué» no lo había formulado nunca. Ahora creía ver algo que entonces no comprendiera.

¿Acaso...?

El señor Saval se ruborizó y se levantó trastornado como si treinta años antes hubiera oído que la señora de Sandres le decía: «¡Le amo á usted!»

¿Era posible? Aquella duda que penetrara en su alma le atormentaba. ¿Era posible que no hubiese visto, que no hubiese adivinado?

¡Ah! ¡Si fuera cierto, si hubiera pasado rozando aquella dicha sin adivinarla!

Se dijo: «Quiero saberlo. No puedo soportar esta duda. Es preciso que lo sepa.»

Se vistió con rapidez. Pensaba: «Tengo sesenta y dos años y ella tiene cincuenta y ocho, bien puedo preguntárselo.»

Y salió.

La casa de Sandres estaba al otro lado de la calle, casi enfrente de la suya. Fué allí. Una criadita le salió á abrir en cuanto sonó el picaporte.

Se admiró de verle tan temprano.

—¿Tan pronto, señor Saval; le ha ocurrido algo?

—No, hija mía,—contestó Saval;—pero avisa á tu ama que desearía hablarle en seguida.

—Es que la señora está haciendo la confitura de peras para el invierno, y está en la cocina sin vestir.

—Bueno; no importa; dile que se trata de un asunto muy importante.

La criadita se marchó y Saval empezó á pasear por la sala con paso nervioso. No se sentía nada turbado, sin embargo. Le preguntaría aquello como le preguntara el modo de hacer un guiso. ¡Ya tenía sesenta y dos años!

Se abrió la puerta, que dió paso á la señora Sandres. Era actualmente una mujer rolliza, de abultados carrillos, de risa sonora. Andaba con los brazos separados del cuerpo y arremangados mostrando la piel manchada con gotitas de almíbar. Preguntó con inquietud:

—¿Qué tiene usted, amigo mío, se siente enfermo acaso?

—No, querida amiga,—contestó;—pero deseo preguntarle una cosa que para mí tiene suma importancia y que me atormenta. ¿Promete usted contestarme con toda franqueza?

Se sonrió.

—Siempre soy franca; diga usted.

—Allá voy. La amé á usted desde que la conocí. ¿Lo adivinó usted?

Riendo y con un acento que se parecía algo al de otro tiempo, contestó:

—¡Anda, tonto! Lo vi desde el primer día.

Saval se echó á temblar y balbuceó:

—¿Lo sabía usted...? Entonces...

Y calló.

Ella preguntó á su vez:

—Entonces... ¿Qué?

Saval repuso:

—Entonces... ¿qué pensaba usted?... ¿qué... qué... habría usted contestado?

Ella se rió con más ganas. Gotitas de almíbar, resbalando por los dedos, caían en el suelo.

—¿Yo?... usted no me preguntó nada. Supongo que no me tocaba á mí hacerle una declaración.

Saval dió un paso hacia ella.

—Diga... dígame... ¿Se acuerda usted de aquel día que Sandres se durmió entre la hierba después

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1628 MONTERREY, MEXICO

de comer... en que fuimos los dos solos por la orilla del río, lejos...

Esperó. La señora Sandres no reía ya y le miraba con fijeza.

—Sí, lo recuerdo; ya lo creo.

Saval añadió estremeciéndose:

—Y si... aquel día... si me hubiese... si me hubiese atrevido... ¿qué hiciera usted?

Se echó á reír á fuer de mujer que de nada se arrepiente y contestó con franqueza, con voz clara y con una punta de ironía:

—Hubiese cedido, amigo mío.

Luego volvió la espalda y corrió hacia la cocina.

Saval salió á la calle abatido como después de un desastre. Andaba á grandes zancadas, sin cuidarse de la lluvia, bajando hacia el río, sin pensar adonde iba. Cuando llegó á la orilla, tomó á la derecha y la siguió. Anduvo largo rato, como impulsado por el instinto. Tenía el traje empapado en agua y el sombrero goteábale como un tejado. Andaba sin cuidarse de la fatiga. Por fin llegó al sitio donde almorzaron años antes el día aquel cuyo recuerdo le martirizaba.

Entonces se sentó bajo los árboles sin hojas, y lloró.

MI TIO JULIO

de comer... en que fuimos los dos solos por la orilla del río, lejos...

Esperó. La señora Sandres no reía ya y le miraba con fijeza.

—Sí, lo recuerdo; ya lo creo.

Saval añadió estremeciéndose:

—Y si... aquel día... si me hubiese... si me hubiese atrevido... ¿qué hiciera usted?

Se echó á reír á fuer de mujer que de nada se arrepiente y contestó con franqueza, con voz clara y con una punta de ironía:

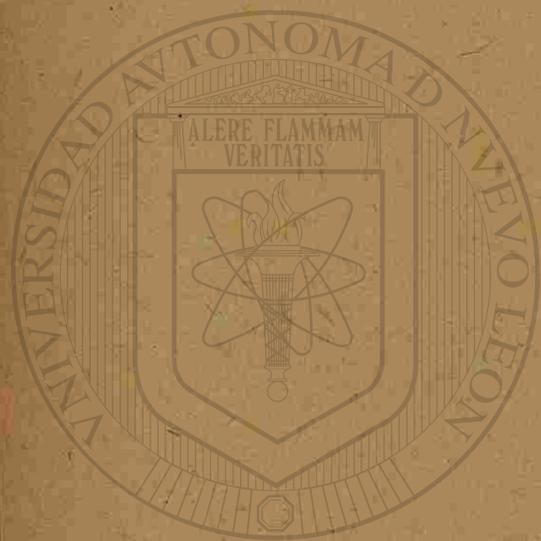
—Hubiese cedido, amigo mío.

Luego volvió la espalda y corrió hacia la cocina.

Saval salió á la calle abatido como después de un desastre. Andaba á grandes zancadas, sin cuidarse de la lluvia, bajando hacia el río, sin pensar adonde iba. Cuando llegó á la orilla, tomó á la derecha y la siguió. Anduvo largo rato, como impulsado por el instinto. Tenía el traje empapado en agua y el sombrero goteábale como un tejado. Andaba sin cuidarse de la fatiga. Por fin llegó al sitio donde almorzaron años antes el día aquel cuyo recuerdo le martirizaba.

Entonces se sentó bajo los árboles sin hojas, y lloró.

MI TIO JULIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## Mi tío Julio

---

*Al señor Aquiles Benouville.*

Un viejo mendigo de barba blanca nos pidió limosna. Mi camarada José Davranche le dió una moneda de cinco pesetas. Me asombré. El me dijo:

—Este infeliz me ha recordado un hecho cuyo recuerdo me persigue de continuo. Helo aquí:

Mi familia, oriunda del Havre, no era rica. Ibamos tirando. Mi padre trabajaba, volvía tarde de la oficina y ganaba poco. Yo tenía dos hermanas.

A mi madre le indignaba la escasez en que vivíamos y á veces contestaba con acritud á su marido, dirigiéndole palabras pérfidas y veladas. El pobre hombre hacía entonces un ademán que me descon-

solaba. Se pasaba la mano abierta por la frente, como para limpiarse un sudor que no existía, y nada contestaba. Yo comprendía su impotente angustia. Se economizaba cuanto se podía; no se aceptaba ningún convite para no tener que devolverlo; se compraban los comestibles más baratos, yendo á la husma de los saldos. Mis hermanas se hacían los vestidos y á veces se entablaban largas discusiones por una cinta que costaba á quince céntimos el metro. Nuestra comida se componía casi siempre de sopa y de carne de buey con diferentes salsas. Parece que aquello era muy sano y alimenticio; pero yo prefiriera otra cosa.

Me sermoneaban dos horas si perdía un botón ó rompía los pantalones.

Pero cada domingo íbamos á pasear por el muelle vestidos de pontifical. Mi padre, de levita y chistera y enguantado, ofrecía el brazo á mi madre, empavesada como un navío en día de gala. Mis hermanas, que eran las primeras que estaban listas, esperaban la señal de marcha; pero indefectiblemente, á última hora, se descubría una mancha en la levita del jefe de familia y era preciso quitarla con bencina.

Mi padre, sin quitarse el sombrero, esperaba en

mangas de camisa que terminara la operación, mientras mi madre limpiaba febrilmente, habiéndose calado los espejuelos y quitándose los guantes para no estropearlos.

Nos poníamos en marcha con gran ceremonia. Mis hermanas, del brazo, iban delante. Estaban en edad de merecer y las mostraban. Yo me ponía á la izquierda de mi madre á la que mi padre daba la derecha. Aun recuerdo el aire pomposo de mis pobres padres durante aquellos paseos del domingo, la rigidez de sus facciones, la severidad de su continente. Avanzaban con paso grave, erguido el talle, envaradas las piernas, como si algo muy importante dependiera de la austeridad de su aspecto.

Y cada domingo, viendo entrar los grandes vapores que volvían de países desconocidos y lejanos, mi padre pronunciaba invariablemente las mismas palabras:

—¡Eh! Si Julio viniera á bordo ¡qué sorpresa!

Mi tío Julio, el hermano de mi padre, era la única esperanza de la familia, después de haber sido su desesperación. Oía hablar de él desde la infancia é imaginaba que le reconocería á la primera ojeada según lo mucho que pensaba en él. Sabía todos los detalles de su vida hasta el día que marchó á Amé-

rica, aun cuando sólo se hablara en voz baja de aquel período de su vida.

Parece que había llevado mala conducta, es decir, que había gastado algún dinero, lo cual es el peor de los crímenes para las familias necesitadas. Entre los ricos un hombre que se divierte, *hace el calavera*. Se le llama «loco» sonriendo. Pero en una familia sin fortuna, el que obliga á sus padres á mermar su capital se convierte en un perdido, en un miserable, en un espantajo.

Y tal distinción se comprende, aun cuando se trate de un mismo hecho, pues únicamente las consecuencias determinan la gravedad del acto.

El caso era que el tío Julio se había comido una parte de la herencia de mi padre, después de malbaratar toda la suya.

Le habían embarcado para América, como entonces se hacía, á bordo de un navío mercante que iba del Havre á New-York.

Una vez allí, mi tío Julio estableció un comercio, no sé de qué, y pronto escribió que ganaba algún dinero y que esperaba poder resarcir á mi padre de los quebrantos de fortuna que le ocasionara. Aquella carta produjo en la familia gran impresión. Julio, que antes pasaba por un perdis, se convirtió de

pronto en un hombre de provecho, en un mozo listo, en un verdadero Davranche, íntegro como todos los Davranches.

Un capitán de buque nos dijo que había alquilado un gran almacén y que tenía importantes negocios.

Otra carta, fechada dos años después, decía:

«Te escribo, querido Felipe, para que no estés con cuidado por mi salud, que es buena. Los negocios marchan bien. Mañana parto para un largo viaje á la América del Sur. Quizá tarde algunos años en darte noticias mías. Si no escribo no te alarmes. Volveré al Havre en cuanto haya hecho fortuna. Creo que no tardaré mucho en lograrlo, y viviremos felices juntos...»

Aquella carta se convirtió en el evangelio de la familia. La leían con cualquier pretexto; la enseñaban á todo el mundo.

Durante diez años, efectivamente, el tío Julio no escribió; pero cuanto más tiempo pasaba más crecía la esperanza de mi padre; y hasta mi madre decía á menudo:

—Cuando llegue Julio cambiará nuestra situación. ¡El sí que ha sabido arreglarse!

Y todos los domingos, al ver en el horizonte los

*El abandonado—9*

grandes vapores que vomitaban espirales de humo, mi padre repetía su eterna frase:

—¡Eh! ¡Qué sorpresa, si Julio viniera en este buque!

Y casi esperaban verle agitar un pañuelo y gritar:

—¡Eh, Felipe!

Habían fundado mil proyectos en aquella vuelta que daban por segura; con el dinero del tío compraríamos una quinta cerca de Ingouville. No afirmaría que mi padre no hubiese dado algunos pasos con tal objeto.

La mayor de mis hermanas tenía entonces veintiocho años y veintiséis la otra. No se casaban y aquello apenaba á todos.

Se presentó al fin un novio para la menor. Era un empleado sin fortuna; pero de buena reputación. Siempre he creído que la carta del tío Julio, enseñada en ocasión oportuna, acabó con las vacilaciones del pretendiente y le decidió.

Su petición fué muy bien acogida y se convino en que, después del matrimonio, haríamos todos juntos un viaje á Jersey.

Jersey es el viaje ideal para la gente pobre. No está lejos; se pasa el mar y se está en tierra extran-

jera, pues el tal islote pertenece á Inglaterra. Así, pues, un francés, mediante una navegación de dos horas, puede disfrutar del placer de estudiar las costumbres—bastante deplorables por cierto—de un pueblo vecino, en aquella isla, que cubre el pabellón británico, como dicen los que se precian de hablar bien.

Aquel viaje á Jersey era nuestra preocupación, nuestro único deseo, nuestro ensueño continuo.

Por fin marchamos. Aun me parece que lo veo: el vapor con las calderas encendidas en el muelle de Granville; mi padre muy atareado vigilando el embarque de nuestros tres baúles; mi madre inquieta, dando el brazo á mi hermana soltera que parecía anonadada, desde que se casó la otra, como un pajarillo que ha quedado solo en el nido, y detrás de nosotros los recién casados que de continuo se quedaban atrás, lo cual me hacía volver á menudo la cabeza.

Silbó el vapor. Ya estamos dentro. El buque se alejó por una mar lisa como una plancha de mármol verde. Mirábamos huir las costas, contentos y orgullosos como todos los que viajan poco.

Mi padre exhibía su barriga bajo su levita, de la cual la misma mañana se borrarán hasta las más

pequeñas manchas, y esparcía en derredor aquel olor de bencina de los días festivos que hacía que yo supiera, sin equivocarme, cuando era domingo.

De pronto vió dos señoras elegantes á quienes dos caballeros ofrecían ostras. Un viejo marinero astroso abría las valvas con un cuchillo y luego las pasaba á los caballeros, que á su vez las alargaban á las damas. Estas comían de un modo delicado, poniendo la concha sobre un pañolito y avanzando los labios para no mancharse los vestidos. Luego bebían el agua con un movimiento rápido y echaban las conchas al mar.

Mi padre quedó sin duda seducido por aquel modo delicado de comer ostras en un vapor en marcha. Aquello le parecería de lo más distinguido y refinado; superior. Se acercó á mi madre y hermanas y preguntó:

—¿Queréis comer unas ostras?

Mi madre vacilaba, á causa del gasto, pero mis hermanas aceptaron en seguida. Mi madre dijo con acento contrariado:

—Temo que me dañen el estómago. Que coman las chicas, pero no muchas, pues podrían indigestarse.

Luego, mirándome á mí, añadió:

—José que no las coma; no hay que mimar demasiado á los muchachos.

Permanecí, pues, junto á mi madre, doliéndome de aquella injusticia. Seguía con la mirada á mi padre que llevaba majestuosamente á sus hijas y á su yerno hacia el viejo marinero desarrapado.

Las dos señoras acababan de alejarse y mi padre indicaba á mis hermanas cómo debían componérselas para no dejar escurrir el agua, y queriendo predicar con el ejemplo, tomó una ostra. Tratando de imitar á aquellas señoras se echó inmediatamente el agua sobre la levita y oí que mi madre murmuraba:

—Mejor haría en estarse quieto.

De pronto mi padre me pareció inquieto; se alejó algunos pasos, miró á su familia que rodeaba al ostrero y bruscamente volvió hacia nosotros. Me parecía muy pálido y su mirada tenía una expresión extraña. Dijo á media voz á mi madre:

—Es asombroso lo que se parece á Julio ese hombre que abre las ostras.

Mi madre, sorprendida, preguntó:

—¿A qué Julio?

Mi padre repuso:

—Pues... á mi hermano... Si no supiera que está en buena posición en América, creería que es él.

Mi madre, asustada, balbuceó:

—¡Estás loco! Puesto que sabes que no es él, no sé á qué viene decir semejantes bobadas.

Pero mi padre insistía:

—Vé á verle, Clarisa; prefiero que tú misma veas si me equivoco.

Se levantó y fué á reunirse á sus hijas. Yo miraba también al marinero. Era viejo, arrugado, sucio y sólo se fijaba en su tarea.

Mi madre volvió. Advertí que temblaba. Dijo con rapidez:

—Creo que es él. Procura informarte por medio del capitán. Sobre todo sé prudente, á fin de que ese perdulario no vuelva á pegársenos.

Mi padre se alejó y yo le seguí. Sentíame muy conmovido.

El capitán, un buen señor alto y enjuto, con largas patillas, se paseaba por el puente dándose importancia, como si mandara un correo de Indias.

Mi padre se dirigió á él con gran finura, interrogándole acerca de su carrera, con gran copia de cumplidos intercalados en el discurso:

—¿Cuál era la importancia de Jersey? ¿Sus producciones? ¿Su población? ¿Sus usos, sus costumbres? ¿La naturaleza del suelo?... etc., etc.

Dijérase que por lo menos se trataba de los Estados Unidos.

Luego hablaron del buque que nos llevaba, el *Express*; y por fin de la tripulación. Mi padre dijo al cabo con acento turbado:

—Tiene usted ahí un ostrero viejo que parece un buen hombre. ¿Sabe usted algo de él?

El capitán, á quien aquella charla molestaba, contestó secamente:

—Es un viejo vagabundo francés que hallé el año anterior en América y que hago repatriar. Parece que tiene parientes en el Havre, pero no quiere ir á verles, porque parece que les debe dinero. Se llama Julio... Julio... Julio Darman ó Darvanche, no recuerdo bien. Parece que fué rico en otro tiempo; pero ya ve usted en lo que ha venido á parar.

Mi padre, que se había puesto lívido, murmuró con la voz ronca y la mirada extraviada:

—¡Ah, ah!... Muy bien... muy bien... No lo extraña... Mil gracias, capitán.

Y se fué, en tanto que el marino le miraba con sorpresa.

Volvió al lado de mi madre, tan trastornado, que le dijo:

—Siéntate; van á notar algo.

Cayó en un banco balbuceando:

—Es él, él mismo.

Luego preguntó:

—¿Qué vamos á hacer?

Mi madre replicó:

—Hay que alejar á las chicas. Ya que José lo sabe todo, que vaya á buscarlas. Sobre todo hay que evitar que nuestro yerno sospeche algo.

Mi padre parecía aterrado. De pronto masculló:

—¡Qué catástrofe!

Y mi madre añadió, enfureciéndose de súbito:

—Siempre pensé que ese bandido no haría nada bueno y acabaría por querer vivir á costa nuestra. ¡Cómo si pudiera esperarse otra cosa de un Darvanchel...

Mi padre se pasó la mano por la frente, como lo hacía siempre al oír los reproches de su esposa.

Esta añadió:

—Da dinero á José para que le vaya á pagar las ostras. Sólo faltaría que este mendigo nos reconociera. Haría gran efecto en el buque. Vámonos al otro extremo y procura que ese hombre no se nos acerque.

Se levantó y ambos se alejaron después de darme una moneda de cinco francos.

Mis hermanas, sorprendidas, esperaban á padre. Yo afirmé que mi madre se sentía un poquillo mareada, y pregunté al ostrero:

—¿Cuánto le debemos?

Ganas me daban de decir: tío mío.

Contestó:

—Dos francos y medio.

Le alargué los cinco francos y me devolvió el cambio.

Yo miraba su mano, su pobre mano de marinero, cubierta de arrugas, y su cara, su cara triste, desconsolada, pensando:

—¡Es mi tío, el hermano de papá, mi tío!

Le di cincuenta céntimos de propina. Me dió las gracias:

—¡Dios le bendiga, señorito!

Dijo esto con el acento de un mendigo que recibe una limosna y pensé que en América debía haber mendigado. Mis hermanas me miraban, estupefactas de mi generosidad.

Cuando devolví los dos francos á mi padre, mi madre, sorprendida, preguntó:

—¿Tres francos han costado? No es posible.

Declaré con acento firme:

—He dado cincuenta céntimos de propina.

Mi madre se estremeció y me miró fijamente.

—¿Estás loco? ¡Dar cincuenta céntimos á ese hombre, á ese miserable!...

La contuvo una mirada de mi padre que señalaba al yerno.

Callamos todos.

Ante nosotros se veía como una sombra violácea que parecía surgir del mar. Era Jersey.

Cuando llegamos junto á los muelles, sentí una comezón invencible de ver de nuevo á mi tío Julio, de acercarme á él, de decirle algo consolador.

Pero como ya nadie comía ostras, había desaparecido y estaba sin duda en el fondo de la bodega infecta, bastante buena para un miserable de su laya.

Al volver tomamos el vapor de Saint-Malo, para no encontrarnos con él. Mi madre estaba verdaderamente inquieta.

¡Nunca he vuelto á ver al hermano de mi padre!

He ahí por qué algunas veces verás que doy un duro á los vagabundos.

DE VIAJE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mi madre se estremeció y me miró fijamente.

—¿Estás loco? ¡Dar cincuenta céntimos á ese hombre, á ese miserable!...

La contuvo una mirada de mi padre que señalaba al yerno.

Callamos todos.

Ante nosotros se veía como una sombra violácea que parecía surgir del mar. Era Jersey.

Cuando llegamos junto á los muelles, sentí una comezón invencible de ver de nuevo á mi tío Julio, de acercarme á él, de decirle algo consolador.

Pero como ya nadie comía ostras, había desaparecido y estaba sin duda en el fondo de la bodega infecta, bastante buena para un miserable de su laya.

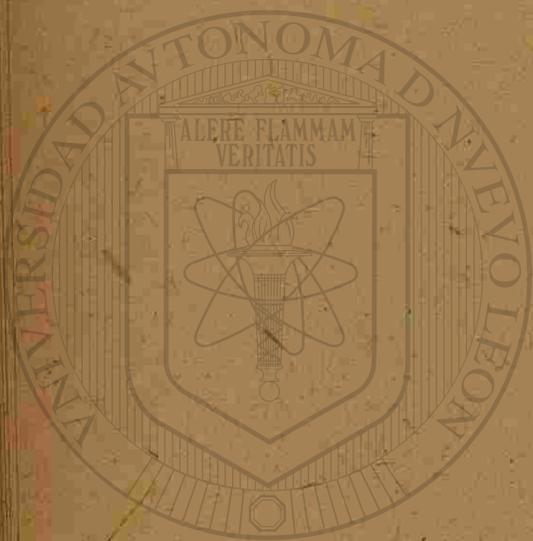
Al volver tomamos el vapor de Saint-Malo, para no encontrarnos con él. Mi madre estaba verdaderamente inquieta.

¡Nunca he vuelto á ver al hermano de mi padre!

He ahí por qué algunas veces verás que doy un duro á los vagabundos.

DE VIAJE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE VIAJE

---

### I

*A Gustavo Toudouze.*

El vagón estaba lleno desde Cannes; se hablaba; todos nos conocíamos. Al pasar por Tarascón alguien dijo:

—Aquí es donde se asesina.

Y se empezó á hablar del misterioso é incogible asesino que, desde hace dos años, se da, de cuando en cuando, el gustazo de quitar la vida á un viajero. Todos hacíamos suposiciones y decíamos nuestro parecer; las mujeres miraban temblorosas las tinieblas que reinaban al otro lado de los cristales, temiendo ver aparecer de pronto una cabeza de hombre por la ventanilla. Y se empezaron á contar casos aterradores de malos encuentros, de encuentros con un loco dentro de los compartimientos de

un rápido, de horas pasadas enfrente de un hombre sospechoso.

Todos los hombres contaban una anécdota que les favorecía, todos habían intimidado, derribado y agarrutado algún malhechor en circunstancias sorprendentes, con una presencia de ánimo y una audacia admirables. Un médico que pasaba los inviernos en el Mediodía, quiso contar, á su vez, una aventura.

—Yo no he tenido ocasión de probar mi valor en una aventura de tal género; pero he conocido una mujer, una de mis clientes, á la que ocurrió la cosa más singular del mundo, y al propio tiempo la más misteriosa y enternecedora.

Era una rusa, la condesa María Baranow, una gran señora de sorprendente belleza. Ya sabe usted cuán bellas son las rusas ó por lo menos cuán bellas nos parecen con su nariz fina, su boca delicada, sus ojos poco apartados unos de otros, de color indefinible, de un azul gris, y su gracia fría y un tanto dura. Tienen algo de dañino y seductor, de altanero y suave, de tierno y severo, avasallador para un francés. Quizá, en el fondo, únicamente hay que atribuir á la diferencia de raza y de tipo mi admiración por ellas.

Su médico hacía años que la consideraba amenazada de una enfermedad de pecho y procuraba que viniera al Mediodía de Francia; pero ella se negaba á salir de San Petersburgo. Por fin, el último otoño, juzgándola perdida, el doctor previno á su marido, que la ordenó que marchara á Mentón.

Tomó el tren y estaba sola en su departamento, pues sus criados ocupaban otro. Estaba junto á la portezuela, algo triste, mirando campos y pueblos, sintiéndose aislada, abandonada en la vida, sin hijos, casi sin parientes; con un marido cuyo amor había muerto y que la enviaba al extremo del mundo sin acompañarla, como se envía al hospital un criado enfermo.

A cada estación su criado Iván acudía á preguntar si su ama necesitaba algo. Era un viejo servidor, ciegamente adicto, dispuesto á cumplir todas las órdenes que ella le diera.

Anocheció. El tren corría á toda velocidad. La condesa no podía dormir, sobreexcitada, nerviosa. De pronto se le ocurrió contar el dinero que su marido le había entregado á última hora en oro francés. Abrió la maletita y vació en su falda la reluciente cascada de metal.

De súbito un soplo de aire helado azotó su cara.

Sorprendida, levantó la cabeza. La portezuela acababa de abrirse. La condesa María, despavorida, echó un chal sobre el dinero y esperó. Transcurrieron unos segundos y luego apareció un hombre descubierto, herido en la mano, jadeante, con traje de etiqueta. Cerró la puerta, se sentó, miró á su vecina con ojos relucientes y después se envolvió la muñeca de la que manaba sangre.

La joven estaba medio muerta de espanto. De fijo que aquel hombre había visto como contaba el oro y había entrado para róbarla y matarla.

La miraba fijamente con las facciones convulsas, jadeante, dispuesto sin duda á saltar sobre ella.

Le dijo bruscamente:

—No tenga usted miedo, señora.

No contestó, pues se sentía incapaz de abrir la boca, oyendo como le latía el corazón y le zumbaban los oídos.

—No soy un malhechor, señora—dijo el intruso.

La condesa no decía nada; pero haciendo un movimiento brusco se juntaron sus rodillas y el oro cayó de la falda como el agua cae por una canal.

El desconocido miró con sorpresa aquella lluvia de metal y de pronto se bajó para recogerla.

Ella, despavorida, se levantó arrojando al suelo

toda su fortuna, y se lanzó á la ventanilla con intención de precipitarse á la vía. Pero él comprendió lo que iba á hacer y acudiendo á tiempo la cogió entre sus brazos, la hizo sentar á la fuerza y sujetándola por las muñecas, dijo: «Escúcheme usted, señora; no soy un malhechor y la prueba de ello es que voy á recoger este dinero y devolvérselo. Pero estoy perdido, soy hombre muerto, si no me ayuda usted á pasar la frontera. No puedo decirle más. Dentro de una hora llegaremos á la última estación rusa, dentro de una y veinte salvaremos la frontera. Si no me auxilia usted, estoy perdido. Y, sin embargo, señora, no he matado, ni robado ni cometido ninguna acción deshonrosa. Se lo juro. No puedo explicarme más».

Y poniéndose de rodillas recogió todas las monedas de oro, buscando hasta las que podía haber debajo de los asientos. Luego, cuando el saquito estuvo lleno otra vez, lo entregó á su vecina sin decir palabra y volvió á sentarse en el otro extremo del departamento.

Ni uno ni otro se movían. Ella estaba aún temblorosa de miedo, aunque tranquilizándose poco á poco. En cuanto á él no hacía un gesto, un movimiento; estaba erguido, con la mirada fija enfrente

*El abandonado—10*

de él, muy pálido, como si estuviera muerto. De cuando en cuando la condesa le echaba una ojeada. Era un hombre de unos treinta años, muy guapo, con todas las apariencias de un hidalgo.

El tren corría entre las tinieblas, lanzando entre el silencio sus llamadas desgarradoras, moderaba á veces su marcha y volvía á partir á toda velocidad. De pronto calmó su paso, silbó muchas veces y se detuvo en firme.

Iván apareció en la portezuela á fin de tomar órdenes.

La condesa María, con acento tembloroso, y después de mirar una vez más á su raro compañero, dijo á su servidor en tono brusco:

—Vuelve al lado del conde, Iván; ya no te necesito.

El criado, sorprendido, dilataba los ojos.

Baluceó:

—Pero... Carina...

—No, no vendrás conmigo; he variado de idea. Quiero que permanezcas en Rusia. Toma, aquí tienes dinero para la vuelta. Dame tu gorra y tu capa.

El viejo criado, aun estupefacto hizo lo que se le mandaba y entregó su gorra y su capa, acostumbrado á obedecer sin replicar, habituado á las súbi-

tas voluntades é irresistibles caprichos de sus dueños. Y se alejó casi llorando.

El tren volvió á partir en demanda de la frontera.

Entonces la condesa María, dijo á su compañero de viaje:

—Esto es para usted, caballero; es usted Iván, mi criado. No impongo más que una condición á lo que hago: es que no me hable usted; que no me diga una palabra, ni para darme las gracias si quiera.

El desconocido se enclinó en silencio.

Pronto se detuvo el tren de nuevo, y los gendarmes visitaron el tren. La condesa les alargó los pases, y señalando el hombre que estaba sentado en el extremo del departamento, dijo:

—Es mi criado Iván, cuyo es este pasaporte.

El tren corrió otra vez.

Durante toda la noche permanecieron solos, callados ambos.

Al llegar la mañana, cuando el tren se detenía en una estación alemana, el desconocido bajó. Luego, de pie en la portezuela:

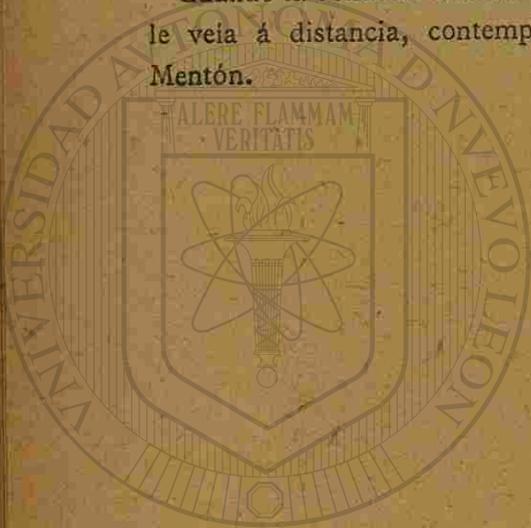
—Perdóneme usted, señora,—dijo—si quebranto mi promesa; pero la he privado de su criado y es justo que le reemplace. ¿Nada necesita usted?

La condesa contestó con frialdad:

—Vaya usted á buscar á mi camarera.

Fué y desapareció.

Cuando la condesa entraba en algún restaurant, le veía á distancia, contemplándola. Llegaron á Mentón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

El doctor calló unos momentos y añadió:

—Un día, á la hora de la visita, vi entrar á un joven robusto que me dijo:

—Vengo para pedirle noticias de la condesa María Baranow. Aunque ella no me conoce, soy amigo de su marido.

Le contesté:

—No hay remedio para ella. No volverá á Rusia.

Aquel hombre rompió bruscamente en sollozos, y salió tambaleándose como un borracho.

Aquella misma tarde dije á la condesa que un desconocido me había preguntado por ella. Pareció conmoverse, y me contó lo que acabo de relatarles, añadiendo:

—Este hombre, á quien no conozco, me sigue

ahora como si fuera mi sombra; le hallo cada vez que salgo, y me mira de un modo raro, pero no me ha dirigido nunca la palabra.

Reflexionó y repuso:

—De fijo que está bajo mis ventanas.

Se levantó del sillón, apartó las cortinas y me mostró al desconocido, que estaba sentado en un banco y miraba á las ventanas del hotel. Al vernos se levantó y se alejó sin volver la cabeza ni una vez siquiera.

Entonces asistí á un espectáculo sorprendente y doloroso: al del amor mudo de aquellos dos seres que no se conocían.

El la amaba con el reconocimiento de un animal salvado, agradecido y fiel hasta la muerte. Cada día acudía á preguntarme: «¿Cómo está?» comprendiendo que yo había adivinado su secreto. Y lloraba con desconsuelo al verla cada vez más pálida y débil.

Ella me decía:

—Sólo he hablado una vez á ese hombre y me parece que hace veinte años que le conozco.

Cuando se encontraban, la condesa le devolvía el saludo con sonrisa grave y encantadora. Adivinaba yo que se sentía dichosa, ella tan abandonada y

moribunda, de verse amada de aquel modo, con tal respeto y constancia tanta, con aquella poesía exagerada, con aquella fidelidad á toda prueba. Y, sin embargo, obstinada y exaltada, negábase á recibirle, á saber su nombre, á hablarle: «No, no, decía; esto echaría á perder nuestra rara amistad. Es preciso que permanezcamos alejados uno de otro.»

Por lo que á él hace debía ser una especie de Don Quijote, porque nada hizo para acercarse á ella. Quería mantener hasta el fin la promesa de no hablarle que le hiciera en el vagón.

A menudo durante sus largas horas de debilidad, se levantaba del sillón para entreabrir las cortinas y ver si estaba mirando á sus ventanas. Y cuando le había visto, inmóvil como de costumbre, en el banco, volvía á sentarse sonriendo.

Murió una mañana á las diez. Al salir yo del hotel, se me acercó con las facciones trastornadas. Ya sabía la noticia.

—Quisiera verla un instante, delante de usted.

Cogí su brazo y entramos en la casa.

Cuando estuvo ante la difunta le cogió la mano y la besó con beso interminable; después se alejó como un insensato.

El doctor calló de nuevo y añadió:

—Les aseguro que es la más rara aventura de ferrocarril que he sabido. Hay que confesar que los hombres somos entes bien estafalarios.

Una mujer murmuró á media voz:

—Esos dos seres eran menos locos de lo que usted cree... Eran... eran...

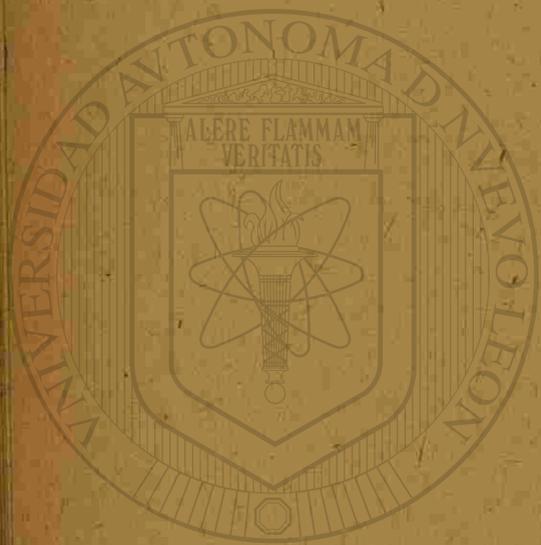
Pero las lágrimas no la dejaron continuar. Y como se cambió de conversación para tranquilizarla, no se supo lo que quería decir.

EN BRETANA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EN BRETAÑA

---

*Julio 1882.*

Esta es la estación de los viajes, la estación clara en que gusta ver nuevos horizontes, las vastas extensiones de mar azul por las que se espacia la mirada y se calma el espíritu, los valles poblados de árboles, bellos y frescos, en los que á veces el corazón se enternece, sin saber por qué, al sentarse al anochecer en un ribazo del camino tapizado de terciopelo verde, y se mira á sus pies una poca de agua parda y estancada, donde se ve el sol poniéndose en los carriles que han abierto las ruedas de las carretas.

Me gustan lo indecible esos viajes á unos países que no se han visto jamás, que se cree descubrir,

los asombros súbitos ante las costumbres que no se sospechaba siquiera, la constante tensión del espíritu, la alegría de los ojos, el continuo trabajo de la mente.

Pero una cosa, una cosa sola me echa á perder el encanto de esas excursiones: la lectura de las guías. Escritas de un modo indecoroso, cuajadas de descripciones odiosas y siempre falsas, de datos erróneos, de indicaciones de caminos puramente fantásticos, son todas, exceptuando una alemana excelente, el consuelo de los burgueses que viajan en tren botijo y creen haber visto la comarca en el Joanne, y la desesperación de los verdaderos viajeros que con el hatillo al hombro y el bastón en la mano van por senderos y torrenteras y á lo largo de las playas.

Mienten; nada saben, nada comprenden y afean, con sus descripciones de prosa enfática y estúpida, los más hermosos países; no hablan más que de las carreteras, y sin embargo nada les pueden echar en cara los planos y mapas del Estado Mayor, en los cuales no están señaladas las presas construídas en el Sena hace treinta años.

Y, sin embargo, ¡cuánto gusta saber algo del país que se quiere visitar! ¡Cuánto se alegra uno al en-

contrar un libro en el que un vagabundo sincero ha explicado algunas de sus visiones! Aquello es como una presentación que os prepara el conocimiento definitivo. A veces es más. Cuando uno penetra en Argelia hasta el oasis de Laghuat, hay que leer de continuo el admirable libro de Fromentin: *Un verano en el Sahara*. Aquel libro os abre los ojos y la inteligencia y parece alumbrar aquellas llanuras, aquellas montañas, aquellas soledades abrasadoras y os revela la misma alma del desierto.

Hay en todas las comarcas de Francia rincones casi desconocidos y encantadores. Sin tener la pretensión de hacer una nueva guía, quisiera de cuando en cuando indicar algunas cortas excursiones; viajes de diez ó quince días, realizados por los andarines é ignorados de los sedentarios.

No seguir jamás las carreteras y siempre los atajos, dormir en las granjas cuando no se topa con hosterías, comer pan y beber agua cuando es difícil proporcionarse otros comestibles, y no temer la lluvia, ni las distancias, ni las largas horas de una marcha regular, he ahí lo que es necesario para recorrer y conocer un país hasta la entraña, para descubrir, junto á las ciudades por donde pasan los turistas, mil cosas que no se sospechaban siquiera.

Entre las antiguas provincias francesas, la Bretaña es una de las más curiosas; en diez días se puede conocer bastante para formarse cabal concepto de su temperamento, pues los países, como los hombres, tienen el suyo propio.

Atravesémosla en rápida marcha. Vayamos únicamente de Vannes á Douarnenez, siguiendo la costa, la verdadera costa bretona, solitaria y baja; sembrada de escollos, donde las olas rugen sin cesar como contestando al silbido del viento en las landas.

El Morbihán, especie de mar interior que sube y baja bajo la presión de las mareas del gran Océano, se extiende ante el puerto de Vannes. Hay que atravesarlo para llegar á alta mar.

Está cuajado de islas, de islas drúidicas, misteriosas, pobladas de fantasmas. Soportan túmulos, menhirs, dolmens, todas esas piedras raras que casi fueron dioses. Esos islotes, según los bretones, son tan numerosos como los días del año. El Morbihán es un mar simbólico estremecido por las supersticiones.

Este es el gran encanto de la comarca; ser la madre de las leyendas. Muertas ya en el resto del mundo, las antiguas creencias arraigan aún en este

suelo de granito. Los cuentos antiguos también son indestructibles en Bretaña, y el labriego os habla de aventuras realizadas quince siglos atrás como si dataran de ayer, como si su padre ó su abuelo las presenciaran.

Hay subterráneos donde los cadáveres no se corrompen, permanecen como cuando murieron, desecados tan sólo porque el manantial de la sangre no corre ya. Así los recuerdos viven eternamente en este rincón de Francia, los recuerdos y hasta el modo de pensar de los antepasados.

Dejé Vannes el mismo día de mi llegada, para ir á visitar un castillo histórico, y desde allí ganar Locmariaker, luego Carnac, y, siguiendo la costa, Pont-l'Abbé, Penmarck, la punta del Raz y Douarnenez.

El camino seguía al principio el Morbihán, luego se hundía en una landa ilimitada, llena de charcas, sin una casa, sin un árbol, sin un sér viviente, cuajada de juncos que se estremecen y silban á impulsos del viento que arrastra por el cielo nubes desgarradas que parecen gemir.

Más lejos atravesé un villorrio donde vi á tres labradores sucios y desarrapados, y una mocetona de unos veinte años, con las pantorrillas sucias de

estiércol, y de nuevo volví á la landa desierta, desnuda, pantanosa, yendo á perderse en el Océano, cuya línea gris, iluminada á veces por claridades de espuma, se marcaba á lo lejos, sobre el horizonte.

En el centro de aquella extensión salvaje, se levantaban unas altas ruinas; un castillo cuadrado, con torres en los ángulos, de pie, solitario entre aquellos dos desiertos: el mar y las landas.

La antigua morada señorial de Sucinio, que data del siglo, xiii es ilustre. Allí nació el gran condestable de Richemont que echó á los ingleses de Francia.

No quedan puertas. Entré en el amplio patio solitario, donde las torres derruidas forman montones de piedras, y subiendo restos de escaleras, escalando paredes cuarteadas, agarrándome á la yedra, á los sillares de granito casi descuajados, á cuanto podía, llegué á lo alto de una torre, desde donde miré la Bretaña.

Enfrente de mí, detrás de un trozo de llanura inculta, el Océano sucio y mugidor bajo un cielo obscuro, ¡y por todas partes la landa! A lo lejos, á la derecha, el mar del Morbihán, con sus riberas desgarradas, y más lejos, apenas visible, una ciudad blanca iluminada por un rayo de sol: Vannes. Y

más distante aun, un cabo desmesurado: Quiberón.

Todo aquello melancólico, triste, desolado. El viento lloraba recorriendo aquellos parajes sombríos; estaba á no dudarlo en el país de los fantasmas; y entre aquellos muros, entre los juncos bajos y sibilantes, en aquellas charcas donde el agua se corrompe, sentía alentar las leyendas.

Al día siguiente atravesé Saint-Gildas, donde parece errar todavía el espectro de Abelardo. En Port-Navalo, el marino que me hizo atravesar el estrecho, me habló de su padre, un chuán, de su hermano mayor, un chuán, de su tío el cura, chuán también, los tres muertos... Y su mano extendida señalaba Quiberón.

En Locmariaker entré en la patria de los druidas. Un bretón me enseñó la mesa de César, un monstruo de granito sostenido por colosos; luego me habló de César como de un anciano á quien hubiera visto.

Siguiendo siempre la costa entre la landa y el mar, al anochecer, desde lo alto de un túmulo vi el campo de piedras de Carnac.

Aquellas piedras, alineadas hasta lo infinito, gigantescas ó pequeñas, cuadradas, largas, aplanadas

das, parecen vivas, tienen aspecto de grandes seres flacos ó barrigudos. Cuando se las mira mucho rato se las ve moverse, inclinarse, vivir.

Se pierde uno entre ellas; á veces una pared interrumpe aquella multitud granítica; se salva y aquel extraño amontonamiento continúa, plantado como las avenidas, espaciado como los soldados, aterrador como las apariciones.

El corazón os late; el espíritu, á pesar vuestro, se exalta, remonta las edades, se pierde en las creencias supersticiosas.

Mientras permanecía inmóvil, estupefacto y encantado, un ruido súbito que oí detrás de mí me produjo tal sacudida, que me volví de un salto. Y vi á un hombre con traje negro, un libro bajo el brazo, que después de saludarme me dijo: «¿De modo, caballero, que visita usted nuestro Carnac?» Le conté mi entusiasmo y el susto que me diera. El añadió: «Aquí, caballero, alientan en la atmósfera tantas leyendas que todos tienen miedo sin saber por qué. Hace cinco años que hago excavaciones bajo estas piedras. Cada una tiene su secreto y á veces estoy tentado de creer que tiene un alma. Cuando piso de nuevo el bulevar parisién me río de mi tontería; pero cuando vuelvo á Carnac soy cre-

yente, sin religión determinada; pero creyendo en todas.»

Y golpeando con el pie, repuso: «Esta es una tierra de religión, no hay que burlarse de las creencias extinguidas, puesto que nada muere. ¡Estamos en la tierra de los druidas, caballero, respetemos su fe!»

El sol que se había puesto en el mar, dejó el cielo enrojecido y aquella luz ensangrentaba las enormes piedras antiguas.

El viejo sonrió:

—Imagine usted la fuerza que tendrán en este lugar estas terribles creencias, cuando aquí mismo tuve una visión. ¡Qué digo! ¡Una aparición verdadera! Allí, en este dolmen, una tarde, á esta hora, ví claramente á la maga Koridwen que hacía hervir el agua milagrosa.

Le interrumpí porque ignoraba quién era aquella maga.

Se indignó.

—¡Cómo! ¿no conoce usted á la esposa del dios Hu y á la madre de los korrigans?

—No, se lo confieso. Sirvase usted contarme la leyenda.

Me senté en un menhir á su lado.

Habló así:

«El dios Hu, padre de los druidas, tenía por esposa á la maga Koridwen. Le dió tres hijos, Morvrau, Creiz-Viou, una hija, la más bella del mundo, y Aravik-Du, el más horrible de los seres.

»Koridwen, movida de su amor maternal, quiso dejar algo á ese hijo desgraciado y resolvió hacerle beber el agua de la adivinación.

»Aquella agua debía hervir durante un año. La encantadora confió la guarda del vaso que la contenía á un ciego llamado Morda y al enano Gwiou.

»Iba á terminar el año cuando los dos viejos, poco cuidadosos, dejaron verter parte del liquido y como tres gotas cayeron en el dedo del enano y éste lo llevó á la boca, conoció el porvenir. El cacharro se rompió entonces y Koridwen, apareciendo, se lanzó sobre Gwiou, que huyó.

»Como iba á ser alcanzado, se convirtió en liebre; pero la encantadora, convertida en lebre, le persiguió. Iba á cogerle en la orilla de un río, cuando tomó el enano la forma de un pez y se lanzó á la corriente. Entonces apareció una nutria enorme que le persiguió tan de cerca, que sólo pudo escapar convirtiéndose en pájaro. Pero un veloz milano apareció en el aire con las alas desplegadas y el pico

abierto. Era Koridwen. Gwiou, estremecido de miedo, se cambió en un grano de trigo y se dejó caer en un montón de candeal.

»Entonces una gallina negra fué al montón y se lo tragó. Koridwen, ya vengada, descansaba, cuando notó que de nuevo iba á ser madre.

»El grano de trigo había germinado en ella, y nació un niño que Hu abandonó á la corriente de un río, dentro de una cesta de mimbres. Pero el niño salvado por el hijo del rey Gouydn, fué un genio, el espíritu de la landa, el korrigan. De Koridwen nacieron, pues, todos esos seres fantásticos, los enanos, los gnomos que corren entre estas piedras. Se dice que viven debajo de ellas, en agujeros, y que salen por la noche para correr entre los juncos. Permanezca usted una temporada entre estos monumentos encantados, caballero, mire usted fijamente un dolmen plantado en el suelo y pronto sentirá usted como se estremece el suelo, como se mueven las piedras y se estremecerá de miedo viendo un korrigan que le mira, levantando con la frente el bloque de granito puesto sobre él. Ahora vamos á comer.»

La noche había cerrado, sin luna, negra, poblada por los rumores del viento. Con las manos ex-

tendidas andaba tropezando con las piedras erguidas, y aquel relato, aquel país, mis pensamientos, todo había tomado un tono tan sobrenatural, que no me hubiese sorprendido ver de pronto que un korrigan pasara corriendo entre mis piernas.

Al día siguiente emprendí de nuevo la marcha, atravesando landas, aldeas, ciudades, Lorient, Quimperlé, tan linda en el fondo del valle, Quimper.

La carretera parte de Quimper, sube una cuesta, corta valles, pasa una especie de lago lleno de hierbas, sombrío y penetra al cabo en Pont-l'Abbé, la ciudad más bretona de toda aquella Bretaña bretonista que va del Morbihán á la punta del Raz.

A la entrada hay un viejo castillo flanqueado de torres que baña sus pies en un estanque triste, triste, del que se levantan vuelos de aves silvestres.

De allí sale un río que los buques de cabotaje pueden remontar hasta la ciudad. En las estrechas calles de casas seculares, los hombres llevan el sombrero de inmensas alas, el chaleco magníficamente bordado y las cuatro blusas superpuestas; la primera que apenas cubre los homóplatos y la última que llega hasta los muslos.

Las muchachas altas, bellas, frescas, tienen el pecho aplastado por un chaleco de paño que forma

como una coraza que las oprime y que no deja adivinar los pechos opulentos y martirizados. Llevan extraño atavío en la cabeza. En las sienes dos placas bordadas de colores forman marco al rostro, aprietan los cabellos que caen en crenchas para volver á reunirse bajo una rara cofia, que á menudo es de tisú de oro y plata.

El camino sale de esa ciudad medioeval casi olvidada y se aleja, adelantando á través de las landas. De trecho en trecho se ve un grupo de vacas que pastan junto al camino en compañía de algunos carneros. Al principio se pregunta uno por qué no es posible ver vacas sin que las acompañe un borrego. Esto os extraña, os hostiga, llega á constituir una verdadera obsesión. Entonces se busca un hombre que sepa lo que aquello significa. Se le encuentra al cabo, pues á veces se pasa uno días y días sin encontrar un aldeano que sepa el francés. Por fin, algún cura que lee su breviario andando despacito, os informa de que aquel carnero se destina á los lobos.

Un carnero vale menos que una vaca, y como su presa no ofrece ningún riesgo, el lobo lo prefiere á la vaca. Pero sucede á menudo que las valientes vaquitas forman el cuadro para defender á su ino-

cente compañero y reciben á cornada al carní-  
cero.

¡El lobo! Allí también se habla de aquel lobo le-  
gendario que nos aterrorizó de niños, el lobo blan-  
co, el tremendo lobo blanco que han visto todos los  
cazadores y que nadie ha matado.

Nunca se le ve de mañana. En invierno, á las  
cinco, cuando el sol se pone, es cuando aparece en  
una cumbre pelada recortando sobre el cielo pálido  
su silueta que pasa y huye.

¿Por qué no le ha matado nadie? ¡Qué sé yo!  
Puede suponerse una cosa. Los copiosos almuer-  
zos de caza empiezan siempre á la una y acaban á  
las cuatro. Se ha bebido mucho y se ha hablado  
del lobo blanco. Al levantarse de la mesa se le ve.  
También se comprende que no se le mate.

Andaba á la ventura por el camino gris, sembra-  
do de granito y reluciente cuando brilla el sol. La  
llanura es lisa por ambos lados de la carretera y cu-  
bierta de juncos. De trecho en trecho un peñasco  
tumbado evoca el recuerdo de los druidas; y el  
viento, que sopla al ras del suelo, silba entre los  
zarzales. A veces un ruido sordo, como un caño-  
nazo lejano, estremece el suelo, pues me aproximo  
á Penmarch, donde, junto al mar, dicen que hay

cavernas sonoras. Las olas, que se precipitan en  
esos antros, conmueven la costa entera hasta Quim-  
per, sobre todo en días de tempestad.

Desde hace rato se ve la larga línea de olas grises  
que parecen dominar toda aquella campiña desnuda  
y baja. Desgarrando las olas hay peñas por to-  
das partes, y por doquiera negros arrecifes mues-  
tran sus cabezas puntiagudas rodeadas de espuma  
como si echaran baba; y á lo lejos, junto al agua,  
algunas casas, que parecen sentir frío, tratan de  
ocultarse detrás de los peñascos, evitando el eterno  
huracán que llega del mar y la salada lluvia del  
Océano. Un alto faro, que tiembla por su base de  
rocas, se adelanta hasta el mar y los guardianes  
cuentan que á veces, en las noches de tormenta, la  
alta columna de granito oscila como un navío, que  
el reloj cae de cara al suelo y los objetos colgados  
de las paredes, se desprenden, caen y se rompen.

Desde aquel punto hasta el Conquet es el país de  
los naufragios. Allí es donde parece estar en em-  
boscada la muerte, la horrible muerte marítima, la  
ahogadora. Ninguna costa es tan temida, ninguna  
tan peligrosa, ninguna tan mortífera.

En el fondo de las casitas de los pescadores, pu-  
lulan en el barro, con los cerdos, una vieja, mucha-

chas con las piernas desnudas y sucias, y los hijos, de los que el mayor no pasa de treinta años. Casi nunca están allí el padre ni el primogénito. No preguntéis adónde están. La vieja extendería el brazo hacia el horizonte turbulento y alborotado, que parece siempre dispuesto á lanzarse sobre aquel país.

No es sólo la mar pérfida la que devora á los hombres. Tiene un aliado más pérfido aun que la ayuda cada noche en sus glotonerías de carne humana, el alcohol. Los pescadores lo saben y lo confiesan. «Cuando la botella está llena, dicen, se advierte el escollo; pero si está vacía ya no se le ve.»

La playa de Penmarch infunde espanto. Allí debía de ser donde los naufragadores atraían los buques perdidos, atando un farol á los cuernos de una vaca trabada para que cojeara, el farol engañador que simulaba otro navío.

A la derecha hay una roca célebre por un horrible drama. La mujer de uno de los últimos prefectos del Morbihán estaba sentada en ella teniendo á su hija en el regazo. El mar, á pocos metros de ellas, parecía tranquilo, inofensivo, dormido.

De pronto una de aquellas olas raras, que llaman olas sordas, subió llegando sin ruido, con la espal-

da amenazadora, irresistible y escalando la roca, como un malhechor furtivo, se llevó á las dos mujeres, que se tragó en un instante. Unos carabineros que pasaban á lo lejos no vieron más que una sombrilla de color de rosa, flotando suavemente sobre el mar de nuevo sosegado, y la gran roca desnuda, mojada.

Durante un año los médicos y abogados arguyeron y discutieron y pleitearon para saber si había muerto antes la madre y la hija arrastradas por la misma ola. Ahogaron gatas con sus pequeñuelos, conejos hembras con sus gazapos á fin de que no quedara duda alguna, porque de aquella duda dependía una cuestión de mucho dinero, una herencia cuantiosa, ya que según murieran antes la madre ó la hija debían heredar una ú otra familia.

Casi en frente de aquel lugar siniestro se levanta un calvario de granito, igual á muchos de los que se ven por aquel país piadoso donde las cruces, muy antiguas, son tan numerosas como los dólmenes sus primogénitos. Pero aquel calvario se levanta sobre un bajo relieve extraño, representando de un modo cómico y grosero el parto de la Virgen María. Un inglés, pasando por allí, admiró la cándida escultura y la hizo cubrir con un cobertizo á

fin de preservarla de los ultrajes de aquel clima inclemente.

Seguíamos la playa, la interminable playa, á lo largo de la bahía de Audierne. Hay que vadear ó pasar á nado dos riachuelos, pisar con esfuerzo la arena ó el polvo de las algas y andar entre aquellas dos soledades, una bulliciosa, otra inmóvil, el mar y la landa.

Aquí está Audierne, puertecillo triste, que animan sólo de cuando en cuando la entrada y salida de las barcas pescadoras que van en demanda de los bancos de sardina.

Antes de partir por la mañana, se toma, en vez del vulgar café con leche, algunos de esos pescaditos frescos, espolvoreados de sal, sabrosos, perfumados, verdaderas violetas del mar. Y se va hacia la punta del Raz, aquel extremo del mundo ó de Europa cuando menos.

Se sube, se sube sin descanso, y de repente se ven dos mares, á la derecha la Mancha y el Océano á la izquierda.

Allí se encuentran, allí pelean de continuo, chocando sus corrientes y sus olas siempre furiosas, tumbando los buques y tragándolos como un dulce.

*¡Cuán lúgubres historias sabéis, vosotras, olas,  
Olas que siempre temen las madres prosternadas!*

No se ven árboles, sólo algunas manchas de musgo en el gran cabo que avanza mar adentro. Al final dos faros plantados sobre escollos. Uno de ellos se trata en vano de terminarlo hace diez años. El mar, encarnizado, destruye el trabajo humano, á medida que se realiza.

A lo lejos, enfrente, la isla de Sein, la isla sagrada, mira en el horizonte, detrás de la rada de Brest, á su temible comadre la isla de Ouessant.

*Qui voit Ouessant  
Voit son sang,*

dicen los marineros. Es la isla de Ouessant, la más inaccesible de todas, la que los marinos sólo abordan temblando.

El alto promontorio termina bruscamente, cae á pico en aquella batalla de Océanos. Pero un estrecho sendero le rodea, arrastrándose sobre granitos

inclinados, pasando por crestas anchas como la mano.

De pronto se domina un abismo aterrador cuyas paredes, negras como la tinta, repercuten el ruido furioso del combate marino que se riñe debajo de vosotros, en el fondo de aquel agujero que se llama el Infierno.

Aun cuando estaba á cien metros sobre el mar recibía salivazos de espuma, é inclinado sobre el abismo contemplaba aquel furor del agua que parecía conmovida por indecible rabia.

Era, en verdad, el infierno que ningún poeta describió. Y sentí espanto pensando en los hombres caídos allí, zarandeados, tirados de aquí para allá, hundiéndose en aquella tempestad entre cuatro muros de piedra, lanzados contra ellos, recogidos por las olas, tragados, reapareciendo, bullendo al compás de las olas monstruosas.

Y volví á ponerme en camino, atormentado por aquella visión, azotado por el viento que azotaba el cabo solitario.

Al cabo de veinte minutos llegué á una aldehuela. Un viejo sacerdote, que leía un breviario al abrigo de una pared, me saludó. Le pregunté dónde podría albergarme. Me ofreció hospitalidad. Una

hora después, sentados ambos ante su puerta, hablábamos de aquel país desolado que oprime el alma, cuando acertó á pasar delante de nosotros un bretoncito, un niño, descalzo, suelta la rubia cabellera enmarañada.

El cura le llamó en su lengua materna, el niño acudió, tímido de pronto, con la vista baja y las manos colgando.

«Nos recitará su cántico—me dijo el cura;—es un galopín dotado de gran memoria y que espero que hará carrera.»

El niño se puso á farfullar palabras desconocidas con aquel tono que emplean las niñas para recitar las fábulas. No hacía puntos ni comas, como si el trozo entero no formara más que una sola palabra, deteniéndose un instante para respirar, y volviendo luego á su cuchicheo precipitado.

De pronto calló. Se había acabado. El cura le dió un cachetito cariñoso.

—Muy bien, vete.

El chiquillo se alejó. Entonces añadió mi huésped:

—Acaba de recitar un antiguo cántico de este país.

Yo contesté:

—¿Un antiguo cántico? ¿Es conocido?

—No, no. Voy á traducírselo si quiere.

Entonces el anciano, con acento firme como si predicara, levantando el brazo con ademán amenazador y marcando las palabras, declamó este cántico sencillo y soberbio, que escribí bajo su dictado.

CÁNTICO BRETÓN

«¡El Infierno! ¡El Infierno! ¿Sabéis lo que es, pecadores?

»Es una fragua donde ruje la llama, una fragua que no tiene punto de comparación con las fraguas que enrojecen las piedras de un horno.

»¡Allí nunca se ve la luz! ¡El fuego abrasa como la fiebre, sin que se le vea! ¡Allí nunca entra la esperanza, porque la cólera de Dios selló la puertal

»¡Fuego sobre las cabezas, fuego en torno!—¿Tenéis hambre?—¡Comed fuego!—¿Tenéis sed?—¡Bebed en el río de azufre y hierro fundido!

»¡Lloraréis por toda una eternidad; vuestras lágrimas formarán un mar; y aquel mar no será ni una gota de agua para el infierno! Vuestras lágrimas alimentarán las llamas lejos de extinguirlas; y sentiréis como hierve la médula de vuestros huesos.

»¡Os cortarán las cabezas sobre las espaldas y viviréis sin embargo! ¡Los demonios jugarán á pelota con ellas, y viviréis! Asarán vuestra carne en braseros; sentiréis como la carne se convierte en carbón, y viviréis.

••

»Y habrá allí otros dolores. Oiréis reproches, maldiciones y blasfemias.

»El padre dirá al hijo:—¡Maldito seas, hijo de mi carne, pues para ti quise amasar dinero á costa de la rapiña!

»Y el hijo dirá al padre:—¡Maldito, maldito seas, padre mío! pues tú me infundiste el orgullo que aquí me trajo.

»Y la hija dirá á su madre:—¡Desdichas caigan sobre vos, madre mía, mil desdichas, caverna de

impurezas, porque me dejásteis libre y abandoné á Dios!

••

»Y la madre no reconocerá á sus hijos y entestará:—¡Maldición sobre mis hijos y mis hijas, maldición sobre los hijos de mis hijas y sobre las hijas de mis hijos!

»Y estos gritos resonarán por toda la Eternidad, y estos padecimientos no tendrán término. ¡Y el fuego!... ¡El fuego!... ¡La cólera de Dios lo ha encendidol... Y arderá sin apagarse, sin echar humo, sin dejar de abrasar vuestros huesos.

»¡La Eternidad!... ¡Desdicha!... ¡No cesar nunca de morir, no cesar de anegarse en un océano de dolores!

»¡Oh, jamás! ¡Eres una palabra más inmensa que el mar! ¡Oh, jamás! ¡Estás preñado de gritos, de lágrimas, de rabia! ¡Jamás!... ¡Oh, eres riguroso! ¡Oh, me infundes miedo!»

Y cuando el viejo sacerdote hubo acabado, me dijo:

—¿No es verdad que es terrible?

Oíamos á lo lejos las olas infatigables encarnizándose contra el siniestro acantilado. Volví á ver aquel agujero lleno de furiosa espuma, lúgubre y voceador, morada de la muerte, y algo del pavor místico que hace temblar á los devotos arrepentidos pesaba sobre mi corazón.

Marché al amanecer, pensando que llegaría á Douarnenez antes que anocheciera.

Un hombre que hablaba francés, que había navegado catorce años en los buques de guerra, me salió al encuentro mientras buscaba yo el sendero de los carabineros, y bajamos juntos á la bahía de los Difuntos, de la que la punta del Raz forma uno de los lados.

Es un inmenso circo de arena de una inolvidable melancolía, de una tristeza indecible, que produce al cabo de poco rato deseos de partir, de ir más

lejos. Un valle desolado con un estanque lúgubre, sin altos juncos, un estanque que parece muerto, llega hasta aquella playa pavorosa.

Parece la antecámara de la infernal morada. La arena amarilla, triste y lisa se extiende hasta un enorme cabo de granito que da frente á la punta del Raz, donde las olas se rompen espumeantes.

Desde lejos veíamos tres hombres inmóviles, plantados como estacas en la arena. Mi compañero parecía admirado, pues nunca hay nadie en aquella rada desolada. Pero al acercarnos vimos algo largo tendido cerca de ellos, como oculto en la orilla, y á veces se inclinaban, tocaban aquello y se levantaban.

Era un muerto, una hogado, un marinero de Douarnenez, perdido la semana anterior con sus cuatro camaradas. Desde hacía ocho días les aguardaban en aquel punto, donde la corriente arroja los cadáveres. Era el primero que acudía á la cita.

Pero otra cosa preocupaba á mi guía, porque los ahogados abundan en aquel sitio. Me llevó hacia el triste estanque, y haciéndome inclinar, me enseñó las murallas de la ciudad de Is. Eran algunas paredes de ladrillo, antiguas, apenas visibles. Luego fui á beber á la fuente, un delgado hilillo de agua, la

mejor del país, á lo que dijo. Luego me contó la historia de la ciudad desaparecida, como si la catástrofe fuera reciente, acaecida á lo sumo, en vida de su abuelo.

Un rey, débil y bueno, tenía una hija perversa y bella, tan bella, que todos los hombres enloquecían al verla; tan perversa, que á todos se entregaba y después les hacía matar y precipitar al mar desde lo alto de las rocas.

Sus pasiones desbordadas decían que eran más violentas que las olas del Océano furioso, y sobre todo más implacables. Su cuerpo parecía un hogar donde se abrasaban las almas de que Satanás se apoderaba después.

Dios se cansó y comunicó sus proyectos á un santo hombre que vivía en el país. El santo avisó al rey, que no se atrevió á castigar y encerrar á su hija querida, á la que comunicó el aviso divino. No hizo caso de él y se entregó, por lo contrario, á tales excesos, que la ciudad entera la imitó, convirtiéndose en una ciudad de amor, de la cual desaparecieron toda virtud y todo pudor.

Una noche Dios despertó al santo para anunciarle la hora de la venganza. El santo corrió á ver al rey que continuaba siendo el único hombre virtuoso

del país. El rey hizo ensillar su caballo y ofreció otro al santo, que lo aceptó; y asustándoles un gran ruido vieron el mar que avanzaba tierra adentro enfurecido. Entonces la hija del rey salió á la ventana y gritó: «Padre mío, ¿dejaréis que muera?» El rey la tomó á la grupa y salió por una de las puertas de la ciudad mientras el mar entraba por la otra.

Galopaban entre tinieblas, pero las olas corrían también con espantable estruendo. Su espuma llegaba ya á los cascos de los caballos y el santo dijo al rey: «Señor, arrojad á vuestra hija del caballo, ó de lo contrario estáis perdido.» Y la joven clamaba: «¡Padre mío, padre mío, no me abandonéis!»

Pero el santo se puso en pie en los estribos, su voz retumbó como el trueno, y dijo: «Es la voluntad de Dios.» Entonces el rey rechazó á su hija, que se aferraba á él, y la arrojó á las olas, que se apoderaron de ella y retrocedieron.

Y el sombrío estanque que cubre estas ruinas es el agua que ha quedado desde entonces sobre la ciudad impura y destruída.

Esta leyenda es, pues, la historia de Sodoma arreglada para uso de las damas.

Y el acontecimiento que relatan como si acaecie-

ra ayer, pasó, á lo que parece, durante el siglo iv de nuestra era.

Por la noche llegué á Douarnerez.

Es una pequeña ciudad de pescadores, que sería el mejor balneario de Francia si estuviese menos aislada.

Su golfo es lo que le presta gracia y encanto. Está en su fondo y parece mirar la suave y larga línea de sus orillas, ondulantes, formadas por curvas encantadoras y cuyas crestas lejanas aparecen envueltas en esas brumas blancas y azules, ligeras y transparentes, que se desprenden del mar.

Al día siguiente volví á Quimper; y por la noche dormía en Brest para tomar al amanecer el tren de París.

FIN

## ÍNDICE

	Páginas
El abandonado . . . . .	7
La aventura de Walter Schnaffs. . . . .	25
El borrico. . . . .	43
Idilio. . . . .	61
El bramante. . . . .	73
¡Camarero, un bockl... . . . .	87
El bautizo. . . . .	101
Felicidad perdida... . . . .	113
Mi tío Julio. . . . .	125
De viaje. . . . .	141
En Bretaña. . . . .	155

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.  
"ALFONSO KELLS"  
CARR. 4625 MONTERREY, MEXICO

ra ayer, pasó, á lo que parece, durante el siglo iv de nuestra era.

Por la noche llegué á Douarnerez.

Es una pequeña ciudad de pescadores, que sería el mejor balneario de Francia si estuviese menos aislada.

Su golfo es lo que le presta gracia y encanto. Está en su fondo y parece mirar la suave y larga línea de sus orillas, ondulantes, formadas por curvas encantadoras y cuyas crestas lejanas aparecen envueltas en esas brumas blancas y azules, ligeras y transparentes, que se desprenden del mar.

Al día siguiente volví á Quimper; y por la noche dormía en Brest para tomar al amanecer el tren de París.

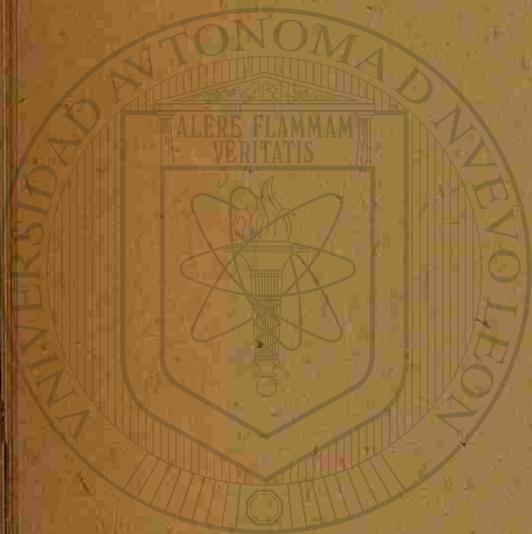
FIN

## ÍNDICE

	Páginas
El abandonado . . . . .	7
La aventura de Walter Schnaffs. . . . .	25
El borrico. . . . .	43
Idilio. . . . .	61
El bramante. . . . .	73
¡Camarero, un bockl... . . . .	87
El bautizo. . . . .	101
Felicidad perdida... . . . .	113
Mi tío Julio. . . . .	125
De viaje. . . . .	141
En Bretaña. . . . .	155

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.  
"ALFONSO KELLS"  
Avda. 4625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Últimas obras publicadas  
por la  
**CASA EDITORIAL MAUCCI**

CAROLINA INVERNIZIO

**Corazón de obrero.**—Dos tomos: á peseta cada uno.

**Las tragedias de los celos.**—Cuatro tomos:

- I. *Dora, la hija del asesino.*
- II. *Los martirios del amor.*
- III. *El cofre misterioso.*
- IV. *El castigo de un malvado.*

A peseta cada tomo.

**La pecadora.**—Un tomo: una peseta.

**Aventurera.**—Dos tomos: á peseta cada uno.

**Heroísmo de una mujer.**—(Continuación de *Aventurera*).—Un tomo: una peseta.

CARLOS VICTOR TOMEY

**Nuevas cosas baturras.**—Un tomo ilustrado: una peseta.

FÉLIX GUZZONI

**La hija del cardenal.**—Un tomo ilustrado: 3 pesetas.

KENJIRO TOKUTOMI

**Nami-ko.**—Obra sensacional de costumbres japonesas.—Un tomo ilustrado: 2 pesetas.

CARLOTA M. BRAEME

**La condesa de Cradoc.**—Un tomo: una peseta.

SANTIAGO ARGÜELLO

**Viaje al País de la Decadencia.**—Un tomo: una peseta.

JOSE LEON PAGANO

**Al través de la España literaria.**—Dos tomos con 22 retratos: á 2 pesetas cada uno.

**El Parnaso argentino** (recopilación).—Un tomo ilustrado con 22 retratos: 2 pesetas.

GERÓNIMO ROBETTA

**La baraunda.**—Dos tomos: una peseta cada uno.

J. M. EÇA DE QUEIROZ

**El primo Basilio.**—Dos tomos: una peseta cada uno.

**Los Maias.**—Tres tomos: una peseta cada uno.

G. NÚÑEZ DE PRADO

**Los dramas del anarquismo.**—Un tomo: una peseta.

**Cantaores andaluces.**—Un tomo ilustrado: una peseta.

ROCHEFLAMME

**María Magdalena, cortesana y amiga de Jesús.**—Un tomo de 352 páginas: una peseta.

JOSÉ MÁRMOL

**Amalia.**—Dos tomos, á peseta cada uno.

GUY DE MAUPASSANT

**El Buen Mozo.**—Dos tomos, á peseta cada uno.

**La señorita Perla.**—Un tomo, una peseta.

**La criada de la granja.**—Un tomo, una peseta.

**Berta.**—Un tomo, una peseta.

**Bajo el sol de Africa.**—Un tomo, una peseta.

**El testamento.**—Un tomo, una peseta.

**La loca.**—Un tomo, una peseta.

**El abandonado.**—Un tomo, una peseta.

**Miss Harriet.**—Un tomo, una peseta.

**Inútil belleza.**—Un tomo, una peseta.

**El suicidio del cura.**—Un tomo, una peseta.

---

**Los cien cuentos de Boccaccio.**— Cuatro tomos ilustrados: á peseta cada uno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AD AUTONOMY  
ION GENERAL

ECO  
8